

TerBi

Nº 13
Junio
2018

Revista de la Asociación Vasca
de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Especial VIII Concurso de Relato Temático “Inmigración espacial”

Con el relato ganador
Ratas en el sótano
de *Javier Pavía Fernández*

Incluye los 2 relatos finalistas

Coyotes y centauros de *Juan Luis Muñoz Villar*
Salto de fe de *Pablo Sorribes Bonet*

TerBi

Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Especial VIII Concurso TerBi de Relato Temático “Inmigración espacial”

Sumario

— Editorial-----pág. 3

— Fallo del VIII PREMIO TEMÁTICO TerBi

“Inmigración espacial” 2018 -----pág. 4

Relatos premiados del Concurso TerBi

— Ratas en el sótano de *Javier Pavía Fernández* -----pág. 5

— Coyotes y centauros de *Juan Luis Muñoz Villar*---pág. 24

— Salto de fe de *Pablo Sorribes Bonet*-----pág. 43

Han elaborado este número

- *Ricardo Manzanaro*
- *Joserra Vila*

Portada: *Universe de Geralt*

CC0 Creative Commons
Gratis para usos comerciales
No es necesario reconocimiento

Los autores mantienen los derechos de sus obras.



safe creative

[Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)

EDITORIAL

Presentamos el fanzine del VIII certamen TerBi de Relato Temático. En él se puede leer el relato ganador, así como los finalistas.

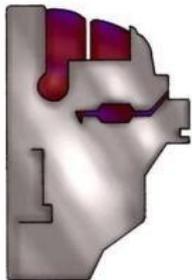
Este evento está organizado por la asociación TerBi, que lleva a cabo diversas actividades, casi todas en Bilbao, relacionadas con nuestros géneros literarios y cinematográficos favoritos, la ciencia-ficción, la fantasía y el terror. La principal y la más veterana es la TerBi, la tertulia mensual de aficionados que se celebra desde hace 24 años. Además organizamos dos jornadas al año, con charlas y presentaciones (el que lo desee las puede ver en el canal TerBiCCFF de YouTube). También llevamos un taller de relatos online.

El Certamen TerBi tiene la particularidad de que los relatos deben tratar sobre un tema concreto, decidido por los miembros del jurado del premio, lógicamente relacionado con la ciencia-ficción. Se remarca en las bases del certamen que tanta importancia como la calidad del relato es que se ajuste al tema. Un cuento no relacionado con el mismo, a juicio del jurado, es automáticamente descalificado. Desde las primeras ediciones, en parte facilitado porque se manda el relato por correo electrónico, hemos recibido muchos cuentos, aunque también hay que señalar que una parte no despreciable de los mismos, a pesar de la previa advertencia, no tienen nada que ver con el tema especificado. Pero el resultado, gracias al esfuerzo lector y crítico del jurado, podemos decir que hay gran calidad en todas las ediciones.

Otros de los puntos fundamentales del certamen es que la TerBi elabora en todas las ediciones un fanzine con los relatos ganador y finalistas. Todos los años esta publicación ha contado con el favor y la aceptación de los aficionados, e incluso alguno de los cuentos quedó finalista de los Premios Ignotus que concede la AEFCFT.

El tema de este año era “Inmigración espacial” y por tanto en este nuevo fanzine del Certamen TerBi se pueden leer tres excelentes relatos que tratan sobre tal idea.

Esperamos que sea del agrado de todos los lectores este nuevo fanzine. Y animamos a los escritores a participar en la IX Edición, cuyas bases se publicarán en octubre de este 2018 en el grupo de facebook de la TerBi (<https://www.facebook.com/groups/60167318666/>) y en el blog “Noticias Ciencia-Ficción” (<http://notcf.blogspot.com/>)



**Fallo del VIII Premio TerBi
de Relato Temático 2018
“Inmigración espacial”**



En Bilbao, a 2 de mayo de 2018, se hace público el fallo del VIII Certamen TerBi de Relato Temático Fantástico sobre la premisa “Inmigración espacial”.

Se han recibido 95 relatos.

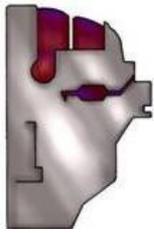
Tras deliberación, el jurado del premio acuerda:

Primero – Conceder el **VIII Premio TerBi**, dotado con un trofeo conmemorativo, obra de Ángel Rodríguez, sobre un diseño de Ricardo Manzanaro, así como varios libros de la colección “Espiral Ciencia Ficción”, donados por su editor Juan José Aroz, al relato titulado “*Ratas en el sótano*”, recibido bajo el seudónimo de “**Judas Zero**”. Una vez abierta la plica, resulta ser su autor **Javier Pavía Fernández (Madrid)**.

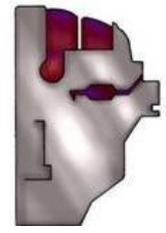
Segundo – Declarar como finalistas por igual a los siguientes relatos: “*Coyotes y centauros*” de **Juan Luis Muñoz Villar (Bizkaia)** y “*Salto de fe*” de **Pablo Sorribes Bonet (Castellón)**.

De acuerdo con las bases del concurso, se acuerda la publicación del relato ganador y de los finalistas en el próximo número del fanzine de la TerBi

TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror agradece el interés mostrado por los autores que han enviado un relato para el certamen, e invita a todos los escritores a participar en la próxima edición, cuyas bases se publicarán en el último trimestre de 2018.



**VIII PREMIO TerBi 2018 de
Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror**



Ratas en el sótano

Javier Pavía Fernández

I

La encontré por casualidad, ya no recuerdo hace cuántos años. Una figura escuálida, sucia y escurridiza. Un roedor en el pasillo más profundo de la nave, donde la vibración del motor hace que te castañeteen los dientes y donde casi puedes sentir la inmensidad mortal del espacio a través de la gruesa estructura metálica.

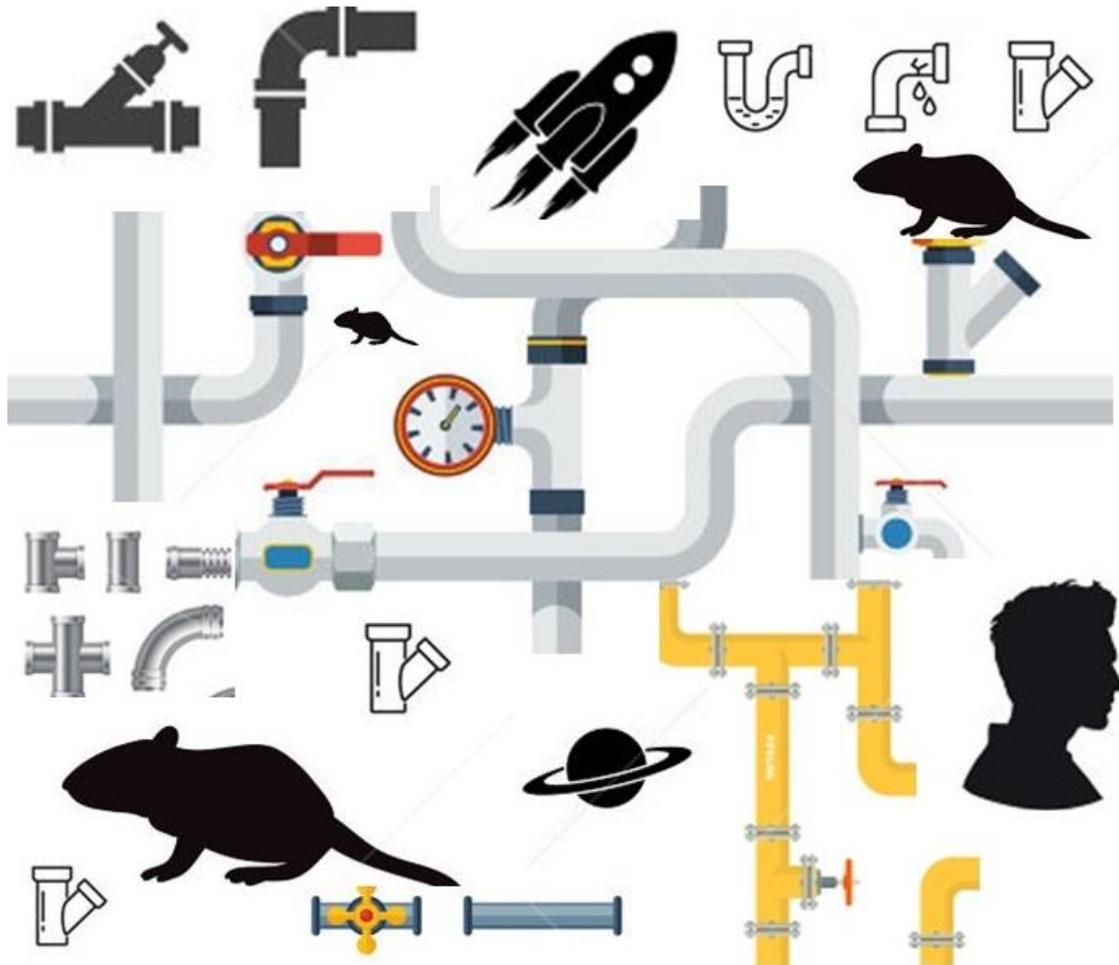
Entonces, yo no tendría más de doce años, los adultos nos metían miedo para que no correteáramos por allí. Los niveles inferiores estaban poblados por fantasmas. Allí abajo no había pantallas antirradiación. Las cámaras de seguridad nunca te encontrarían si te perdías en el laberinto de túneles de servicio o si caías al nivel de los motores en un descuido. Y mi favorita: había lobos. Una jauría de lobos hambrientos que, o bien se habían colado en la nave antes de despegar, o se habían escapado de los ecosistemas artificiales y habían ido a parar allí atravesando compuertas y descendiendo escalerillas de mano diseñadas para humanos.

A mí y al resto nos gustaba colarnos en aquellos pasillos abandonados y oscuros a los que no llegaba la mirada de nuestros padres. Solo el personal de mantenimiento pasaba por allí de cuando en cuando, silbando viejas canciones y marcando patrones rítmicos con sus herramientas sobre los conductos. Era nuestra forma de hacernos los valientes en un viaje tedioso, velocísimo pero mortalmente lento, que terminaría cuando nosotros fuéramos los adultos.

Íbamos allí abajo después de las clases, en cuanto terminábamos de aprender datos inútiles sobre un planeta llamado Tierra al que ya jamás volveríamos y que apenas recordábamos. Radio ecuatorial de seis mil trescientos setenta y ocho kilómetros, gracias por

la cifra, profesora Stevens, me será muy útil en el culo del universo.

Los túneles de mantenimiento eran nuestro paraíso. Amplios, despejados y laberínticos. Se entrecruzaban en varios niveles como pasarelas a una libertad imposible. Estaban señalizados con carteles en idiomas que ya solo conocían los más viejos de la nave y que nos parecían galimatías inventados. Y los ruidos, ¡los ruidos disparaban nuestra imaginación! Los crujidos repentinos, las vibraciones graves, los siseos de las compuertas, los potentes barridos de las descargas de gases. Pasábamos horas y horas explorando caminos que ya conocíamos y sin atrevernos a ir más allá, pero siempre retándonos a hacerlo.



Aquel día, no sé cómo, la sentí. Noté su presencia más por el tacto que por el oído. Sus pasos podían haber sido los lejanos ecos de dos placas de coltán entrechocando varios niveles por encima de mi cabeza. Pero había un ritmo especial en ellos. Una cadencia regular que tenía que ser humana. Caminé por túneles en los que nunca nos habíamos aventurado y descendí aún dos niveles más por las sucias escaleras metálicas de emergencia. ¡Había una sombra caminando por delante de mí! Algo se movía, casi más reptando que corriendo, tratando de escapar del estruendo de mis pasos y mi respiración agitada.

Supuse que sería algún animal. De alguna manera, uno de los cerdos había escapado de

las granjas de carne del nivel diecinueve. O ratas. Las ratas se cuelan en cualquier parte y teníamos órdenes de informar en cuanto viéramos indicios de una. Una nave como la *Alegría* podía resistir la radiación, el impacto de pequeños objetos a la deriva en el espacio, la explosión de una bomba en los motores... pero nos hacía mucha gracia que a todo el mundo le temblaran las piernas al mencionar las ratas.

Al menos hasta que nos explicaron la explosión de la *Felicidad*, nuestra nave hermana, por culpa de una colonia de ratas que campó a sus anchas durante años por sus recovecos más ocultos. A partir de entonces a nosotros también nos aterraban.

Cuando la sombra a la que perseguía se detuvo, estábamos en una sección desconocida de los túneles. Las paredes estaban sin pintar y las cañerías formaban una telaraña intrincada sobre mi cabeza. Había pequeñas huellas impresas en la fina capa de polvo que cubría el suelo. Me acerqué muy despacio a aquella figura y pronto comprendí que no había estado persiguiendo una rata.

La niña, agazapada en un ovillo de piel oscura y miembros escuálidos, estaba pegada a una de las puertas que comunicaban con el sector de los motores y la arañaba como buscando una abertura o un asidero. El miedo hacía empalidecer su rostro huesudo y sus ojos rasgados evitaban nerviosamente los míos. Estaba atrapada: muy pocas personas en la nave tenían los permisos para acceder a los motores. Levanté las manos, ¿qué daño creía que iba a hacerle?

—Hola, me llamo Nico. ¿Y tú?

Intentaba no parecer una amenaza. Me acuclillé y no me acerqué a ella ni un solo paso más, pero ella no pudo o no supo creer que no iba a hacerle daño. Se apretó aún más contra la puerta, temblando. Parecía a punto de echar a correr, pero no tenía más escapatoria que pasar por mi lado.

—No voy a hacerte daño. ¿Vives aquí abajo?

Saltó con una velocidad relampagueante que la convirtió en una mancha borrosa. Ni siquiera sé si pasó por un lado o por otro o si saltó sobre mi cabeza como una acróbata.

Su carrera se convirtió en un correteo silencioso que se apagó en el entramado de túneles y galerías.

La había perdido.

II

La humanidad había vivido varios siglos temiendo el choque de un meteorito, una erupción volcánica catastrófica, la rebelión de las máquinas, el apocalipsis nuclear. Visto desde las clases de historia a bordo de la *Alegría*, a millones de kilómetros y a años de distancia, parecía

imposible que no se hubieran temido a sí mismos. Lo que acabó con la Tierra, ese pequeño planeta azul que muchos ni siquiera recordábamos, fue la gente. Gente que no quiso renunciar a sus privilegios para evitar el colapso climático.

Nadie pulsó el botón nuclear. Nadie diseñó la inteligencia artificial que tomó el control de los robots. Todo el mundo siguió haciendo su vida normal, y esa rutinaria simpleza fue demasiado para la Tierra.

Nos enseñaban las fotografías viejas en las pantallas de unos teléfonos móviles aparatosos y rígidos. El cielo gris de polución sobre las ciudades. El mar lamiendo los tejados hundidos de ciudades que habían sido costeras. Las largas colas de refugiados apelotonados frente a las vallas, indistinguibles unos de otros, desesperados. Los surcos secos y sucios de lo que habían sido ríos. Fotografías trágicas para los adultos que no nos decían nada a los niños. Nuestros ríos eran otros, los que veíamos en los simuladores y los que corrían por los ecosistemas artificiales y servían a la vez como refrigeración y fuente de energía para los sistemas auxiliares de la nave.

Éramos niños y no comprendíamos cómo los adultos habían permitido la destrucción de un mundo perfecto que ahora echaban de menos. Era como si echáramos abajo la *Alegría* con nuestras propias manos y más tarde nos preocupara morir en el espacio.

Yo recordaba una única imagen de mi infancia en la Tierra. Había vivido allí dos años y nunca nadie ha creído que conserve ese recuerdo, pero lo hago, está grabado a fuego en mi memoria. Mamá consiguió un pasaje en la *Alegría* por su trabajo. Las plazas en las naves-generación eran limitadas y no era nada sencillo hacerse con una, pero ella llevaba años estudiando métodos de control demográfico. Era una de las mayores expertas de la tierra en dinámica de poblaciones, un ámbito fundamental para un viaje como el nuestro. Ni siquiera tuvo que pelear por la plaza: eran las naves las que peleaban por contar con ella.

Recuerdo la fila interminable de personas como en una vieja fotografía en blanco y negro. Poco más que abrigos oscuros rematados por rostros compungidos. Puños apretados, lágrimas de despedida, protestas al otro lado de las vallas. Guardias gritando órdenes y golpeando a quienes traspasaban la línea. Más tarde supe que aquel día habían muerto cincuenta personas a apenas unos metros de allí. Cincuenta personas que solo querían escapar del infierno irrespirable en el que se había convertido la Tierra. Todos llevábamos las máscaras de oxígeno y los filtros para la radiación, pero solo porque nos los podíamos permitir. Aquellos rostros difuminados pegados a las vallas ya no eran más que fantasmas en un planeta desértico.

—Vamos a un viaje muy largo, Nico —dijo mamá. Apretaba mi mano con tanta fuerza que casi me hacía daño. Entonces pensaba que intentaba consolarme, pero en realidad era ella

quien buscaba consuelo—. ¿Sabes dónde está Lemuria? Es un planeta precioso, como una canica verde. Vamos a ver a unas personas que se fueron de aquí hace mucho, es como una reunión de toda la familia.

Solo muchos años más tarde comprendimos que el cuento de hadas no era del todo cierto. La *Alegría* iba armada. Por si acaso. El planeta Lemuria había sido colonizado hacía cientos de años y había aceptado recibir tres naves de refugiados, pero faltaba tanto tiempo para aterrizar allí que ¿quién sabía? Puede que ya no fuéramos miembros extraviados de la familia, sino pesadas bocas que alimentar.

La voz de mamá temblaba. Yo no entendía todas las palabras, pero podía sentir su miedo. Y no hay nada más terrible para un niño que el incomprensible miedo de un adulto. Un miedo al que ni ellos, que siempre lo saben todo, pueden sobreponerse

—Tardaremos en llegar, pero irás al colegio y harás muchos amigos nuevos. —Hizo una pausa—. Cuando llegues... Cuando lleguemos será un sitio maravilloso, ya lo verás.

Sus palabras solo cobraron sentido muchos años más tarde, cuando mamá murió, casi la última de su generación, y sus restos se convirtieron en más alimento para la *Alegría*. Una dosis de carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno. Calcio, fósforo, hierro, cantidades valiosas y minúsculas de potasio, magnesio y oro. Ella estaba, a partir de ese momento, en el aire, en la biota de los ecosistemas, en los paneles de protección interiores y en el aire reciclado que respirábamos. Los unionistas veían en este ciclo una especie de religión y habían creado todo un complejo rito funerario en el que no quisimos participar.

III

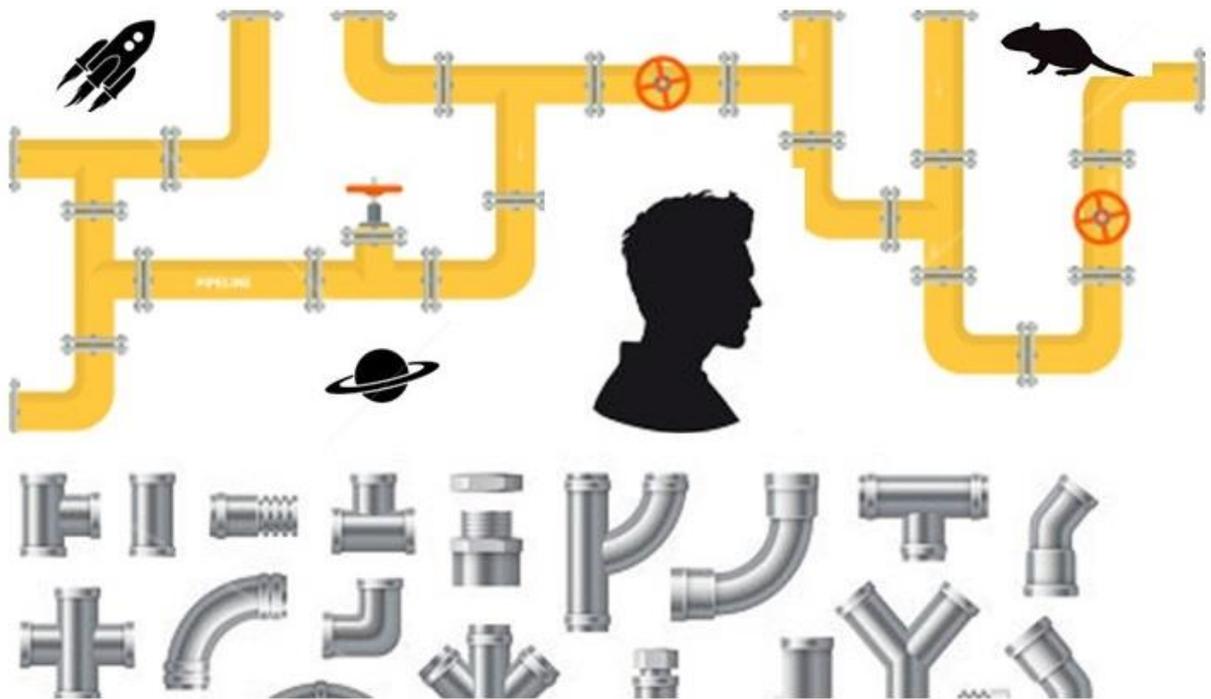
La vi por segunda vez unos días más tarde. No hablé de la rata, como la llamaba para mí, ni siquiera con mis compañeros de juegos. Era mi secreto, un misterio solamente mío. ¿Cómo habría llegado hasta allí? ¿De dónde vendría? ¿Cómo podía sobrevivir en la nave sin un traje de protección? ¿Por qué parecía tan extraña? No quería que los demás intervinieran en lo que me parecía la misión llena de peligros de un detective.

Cada tarde, después de las clases, bajaba a los túneles y los recorría una y otra vez en su busca. Los enrevesados entresijos de la *Alegría* eran interminables. Podías utilizar aquellos sótanos para ir a cualquier parte aprovechando las escaleras plegables y los montacargas hidráulicos. Todo el mundo prefería los transportadores personales y las cintas y ascensores que te llevaban sin esfuerzo de un sector a otro. Solo los encargados de mantenimiento pasaban regularmente por allí en visitas rutinarias.

Se decía que había once mil kilómetros de corredores, túneles y galerías bajo las

cubiertas circulares de la *Alegría*. Puede que fueran cinco mil, y que fuera tan sencillo conocer la cifra exacta como consultar los planos que estaban disponibles para todos con solo consultar las holopantallas. Pero, aun así, me parecía imposible encontrarla de nuevo. Por eso me sorprendió tanto dar con ella otra vez.

La rata cruzó por delante de mis ojos cuando estaba dejando un plato con comida en uno de los niveles inferiores. Estábamos tan abajo que sentíamos el calor agobiante y pegajoso de los motores y podíamos oler la extraña mezcla sulfurosa de los desechos de la fusión del combustible.



Dejé el plato en el suelo muy despacio. Era comida de verdad, no las raciones deshidratadas que nos daban casi todos los días. Había un tubérculo parecido a la patata y champiñones con la textura de la carne de ternera. La zanahoria era un sucedáneo chicloso e insípido. Pero el olor era capaz de engañar hasta a los perros. Aquello era tan parecido a la comida de la Tierra que muchos adultos lloraban al comerlo.

La sombra de la rata se detuvo en su carrera. De no ser por el ruido lejano de los motores, habría oído cómo olisqueaba el aire y cómo avanzaba muy despacio, a cuatro patas, hacia mí. Me aparté de la comida y le dejé espacio. No quería ser una amenaza, así que hablé.

—Soy Nico. Estuve aquí abajo el otro día, ¿te acuerdas de mí? —Continué a duras penas, sin saber si lo estaba haciendo bien—. No voy a hacerte daño. Mira, te he traído comida.

Su movimiento fue como el de las cobayas del laboratorio médico. Más que correr, se estiró hacia el plato y estaba de vuelta en la semioscuridad con un buen pedazo de champiñón entre las manos antes siquiera de que pudiera ver sus ojillos negros o los mechones grasientos

de su cabello.

—¿Puedes hablar? —pregunté—. No sé de dónde eres. ¿Te has... te has perdido? Puedo ayudarte a encontrar a tus padres, si quieres.

La rata royó la comida en un rincón, casi oculta. Devoró de aquella forma todo un champiñón tan grande que no sé cómo pudo terminarlo. Se chupeteó los dedos a conciencia hasta dejarlos limpios.

—¿Quieres que te ayude? —repetí.

Pero me ignoró o no comprendió mis palabras. Yo ni siquiera sabía si hablaba mi idioma. Había refugiados de once países en la *Alegría*. La mayor parte podíamos chapurrear tres o cuatro idiomas, muchas veces no más que frases sueltas sin mucho sentido. Puede que la rata se hubiera escapado de uno de los sectores más cerrados. Los *hyurangi* habían convertido su sector en un fortín, eran casi una nave independiente y apenas se relacionaban con el resto. Pero ella no tenía ni su color lechoso de piel ni su complexión recia.

De un salto, la rata regresó a por el plato y corrió con él hasta la seguridad de la penumbra entre dos luces de emergencia. Me quedé allí, sentado en el suelo, escuchando cómo devoraba el resto de la comida con sonidos húmedos y guturales.

No me gané su confianza aquella tarde. Ni la siguiente, cuando se me ocurrió bajar una holopantalla para ver si conseguía tentarla con las imágenes tridimensionales y los sonidos inmersivos. No dedicó ni un segundo de su atención a los vídeos que le mostré, como si sus ojos no pudieran descifrar aquellas escenas en movimiento. Aquel tercer día comprendí que estaba más interesada en la comida que en la tecnología. Era muy raro para mí, que tenía tres comidas programadas al día, comprender que alguien pudiera pasar hambre en la *Alegría*. Todo estaba racionado, hasta las reservas de agua, pero mientras la población se mantuviera estable era imposible que hubiera escasez. El comité demográfico se encargaba de planificar el crecimiento de la población para que no hubiera ninguna crisis de subsistencia. Podías tener hambre con minúscula: ganas de hincarle el diente a unas chuletas de carne de verdad o de atiborrarte a dulces. Pero nadie tenía necesidad de comer. Aunque en el recreo trapicheáramos con sobras de los comedores, no pasábamos hambre.

Aquella tarde, al volver a casa, le pregunté a mamá:

—¿Qué pasa si un día se termina la comida?

Ella dejó su holopantalla sobre la mesa, pero desde el aparato continuó sonando una música antigua llena de capas y más capas de ruido eléctrico. Me miró con los ojos entornados, como buscando el sentido de mi pregunta.

—Eso no puede ser, Nico, no puede terminarse —dijo—. La producción está controlada, o sea, no hay ni más ni menos de lo necesario. Si sobra, se recicla o se congela. Y

faltar, no va a faltar mientras controlemos la población y funcionen los ecosistemas.

Asentí y traté de que la siguiente pregunta no saliera de mi boca, pero se me escapó.

—¿Y si hay más gente? ¿Si hay personas que no están registradas?

Mamá no pudo evitar reír ante la ocurrencia de un niño preguntón.

—¿Cómo va a haber gente de más, Nico? —Se levantó del asiento, me cogió de la mano y me llevó a la cocina mientras me explicaba cómo eran las cosas—. Nos registraron al entrar. No sé si te acuerdas de los controles, pero era imposible entrar de polizón. Y una vez dentro nos hacen controles médicos cada mes, así que es imposible que alguien esté embarazada sin que los sistemas lo sepan. Las veces que nacen gemelos son tan pocas que no notamos el ajuste de las raciones.

La recompensa a mis preguntas, como para demostrar que estábamos en buenas manos, fue un enorme vaso de preparado lácteo con una galleta de cereales.

IV

No recuerdo el despegue de la *Alegría*, pero todo el mundo ha visto los vídeos. Es una sensación extraña, no poder distinguir tus recuerdos de las imágenes holográficas. La nave tiene las grabaciones de ese momento tomadas desde todos los ángulos posibles y a eso hay que añadir los vídeos de los pasajeros, tomados desde el interior. Muchos son borrones movidos sobre un fondo de gritos, pero los hay tan artísticos que se hizo hasta un evento para escoger el mejor. Las tres capitanas de la nave, uniformadas de gala, entregaron el premio como se hacía en las ceremonias de la Tierra y hubo lo más parecido a un banquete que podíamos tener allí dentro sin poner en riesgo la subsistencia.

El despegue era el momento más peligroso de la misión. El más pequeño error de cálculo podía suponer un desastre. Los adultos no nos hablaban de los desastres, pero los estudiábamos en las clases de geohistoria. La *Amanecer* había sido la nave más gigantesca creada por los terrícolas. Su despegue desde Okinawa iba a ser algo así como la gran demostración de fuerza de los japoneses, pero la aventura había concluido en una inmensa bola de fuego apenas dos minutos después del lanzamiento. Todos los indicadores eran correctos; los cálculos, perfectos. Lo único que se sabe con seguridad de aquel accidente es que los gritos de pánico comenzaron a escucharse seis segundos antes de la explosión. Sabotaje. Terrorismo. Accidente. Era imposible saberlo. Pero esa explosión sobre el fondo gris del cielo era un recordatorio de nuestra terrible fragilidad.

Cuando entramos en la *Alegría*, después de que nos registraran y nos identificaran, mamá me llevó de la mano hasta la cápsula de protección. Lo sé porque me lo contó cientos

de veces. Cómo me ajustó el pequeño traje hecho a medida y se aseguró de que la mascarilla estaba cerrada sobre mi cara. Las cápsulas eran individuales y era la primera vez que mamá me soltaba la mano desde que subimos a la nave. Dice que lloré hasta perder la voz; que podía oírme aun a través de las paredes de la cápsula. Que hasta temió que no pudiera respirar.

El despegue fue un temblor violento y confuso. Sometió a toda la estructura de la nave a una presión cercana al límite de su resistencia. Los vídeos muestran una grácil forma cilíndrica separándose de la Tierra y dejando tras de sí un brillante hálito ígneo. Para los viajeros fue un pequeño infierno de calor y presión.

Pero lo conseguimos. Hubo que reparar algunas fugas de aire y varias vigas metálicas se combaron hacia dentro sin que pudiéramos repararlas durante el resto del viaje. Lo trágico fue que tres personas murieron durante aquel terremoto inicial, si es que esa palabra tiene sentido en el espacio. Fueron pequeños errores humanos: un cierre mal ajustado, un olvido de abrir el suministro de oxígeno, un retraso al despedirse de un compañero.

Así que la travesía comenzó con un funeral triple. No sé si puede haber un peor augurio, pero ese mismo día ya había quienes anunciaban el fin de los tiempos. En las grandes salas de ocio podíamos proyectar imágenes de la Tierra tomadas en tiempo real y ver el lodazal verdoso y seco en que se había convertido. ¿Cómo no iba a haber personas que hablaran del infierno y la inutilidad de aquel viaje? Al principio no los tomaban muy en serio. En unos años se habían extendido hasta formar una secta fuerte y amarga, la de los finalistas. Proclamaban por los canales de comunicación que nunca llegaríamos a Lemuria y también que era mejor no llegar, que no seríamos bien recibidos. Pedían votar sobre el destino final del viaje, dar la vuelta o continuar viajando por el espacio eternamente, hasta que la *Alegría* no resistiera más.

Mamá llevaba una foto mía siempre consigo. La imprimió en papel, aunque allí era un lujo escaso. ¿Quién imprimía nada, teniendo holopantallas? Pero aquel pequeño rectángulo de papel fotográfico la acompañó siempre. Aparezco con el traje en miniatura medio desabrochado, ya fuera del peligro del despegue, mirando fijamente el pequeño disco en cuarto menguante de la Tierra.

Mi siguiente recuerdo es muy posterior. Debíamos de rondar ya la órbita de Neptuno, aunque era imposible ver el gigante azul directamente desde la *Alegría*. Mi primer día de escuela fue un recorrido por la nave. Éramos veinte niños acompañados por la profesora Stevens. Nos mostró los jardines verticales a reventar de colores; las salas esféricas de la holoteca, donde se podía visualizar casi cualquier documento de la historia de la humanidad; los ecosistemas artificiales, en los que se habían introducido especies comunes de la Tierra. Jugamos con cabras del tamaño de perros y vimos las granjas donde los cerdos se hacinaban

para ser sacrificados. Nos asombramos con los erizos, los pavos y las arañas.

Los adultos nos querían convencer de que era importante recordar la Tierra. Llevar tanto de ella con nosotros como pudiéramos. Pero no éramos de aquel rayón azulado que se perdía en el espacio, a nuestra espalda, sino de la *Alegría*. Habíamos crecido allí dentro. Nos metían en la cabeza nombres propios que no significaban nada: Tokio, Chicago, Berlín. Nilo, Amazonas, Danubio. ¿Qué eran? Ciudades, ríos, montañas. Aquellas palabras de fantasía nos sonaban mucho más lejanas que Vega o Tau Ceti.

Cuando pedíamos a las holopantallas que nos mostraran lo que había alrededor de la nave, veíamos estrellas, no unas ciudades diminutas como motas de polvo que ya habrían sido borradas del universo por el viento y la arena.

El segundo día de clase tuvimos que colorear un mapa. No recuerdo qué país o continente aparecía, pero sí recuerdo la pregunta de Cathy:

—¿Qué planeta es este, señorita?

Y Stevens, con los ojos entrecerrados tras sus gafas de pasta, le respondió con un discurso prefabricado.

—¡La Tierra! Es muy importante que conozcáis la Tierra, porque son nuestros orígenes. Es donde apareció nuestra especie. Si perdemos el contacto con lo que hemos sido, estamos dejando atrás también nuestra humanidad.

Pero nosotros coloreábamos el mapa como si fuera una simple holoproyección, alterando los colores con los dedos y jugando a cambiarlo de tamaño y proporción. Era un juguete, no un lugar real.

París, Bogotá, Kuala Lumpur, Alfa Centauri, Polaris, Betelgeuse. ¿Cuál era la diferencia?

V

La rutina era la siguiente: al terminar las clases con la profesora Morris —Stevens solo daba clase a los niños más pequeños— comíamos filetes acartonados de pescado prensado y nos escondíamos bajo los rieles de los paneles de protección para tomar *hazbah*. Los pasajeros de la *Alegría* habían pasado unos estrictos controles y la selección había sido leonina. No había yonquis allí dentro, como mucho alguien aficionado de más a los juegos de cartas, pero nadie tenía problemas con las sustancias de la Tierra: cocaína, heroína, tabaco. Hasta el cacao y el azúcar estaban racionados. Nadie había subido drogas a la nave, pero eso no significaba que no pudiéramos inventar mierda nueva.

La *hazbah* era un compuesto vegetal extraído de una variedad del lino. Dicen que la

descubrió un trabajador de la fábrica textil al cometer un error de procesado. El lino era un tejido tan omnipresente que podías conseguir una dosis en cinco minutos utilizando tus propios pantalones. El subidón de *hazbah* era breve y espeso, como un sueño lúcido a cámara lenta. Los más mayores decían que era como el sexo y nosotros lo comparábamos con vivir dentro de una película o alcanzar las estrellas más lejanas con las manos. Los efectos secundarios eran sudores fríos, una sequedad de boca persistente y mareos leves. Una de las chicas, Úrsula, sangró por la nariz cuando la probó, pero no le dimos importancia.

Los adultos no supieron de su existencia hasta que la mitad de los adolescentes se habían colocado alguna vez después de clase. Entonces yo bajaba, aún medio colocado, a los niveles de mantenimiento en busca de mi rata. Más o menos teníamos un ritual: yo le daba comida y pequeños juguetes —un lápiz, un tapón de corcho— y ella comía o jugaba, alerta a cualquier movimiento pero tan cerca de mí que casi podía tocarla. Yo hablaba y ella hacía algo parecido a prestarme atención.

—Las estrellas están muy cerca, ¿verdad? —le decía en pleno colocón—. Pero están lejos. Están quietas y en movimiento al mismo tiempo. ¿No es maravilloso?

Y la rata se limitaba a hacer rodar un tapón de corcho por el suelo polvoriento del túnel de servicio.

Úrsula murió el sexto día del ciclo solar número quince de la *Alegría*. Aproximadamente quince años de la Tierra, fingidos con simulaciones de las cuatro estaciones y el recuerdo vago de algunas fiestas antiguas. Ese sexto día, los niños recibíamos regalos de los adultos, aunque ellos parecían más ilusionados que nosotros. Nos daban figuras talladas en pseudomadera y pequeñas naves ensambladas con corcho y coltán, baratijas que hacían que ellos recordaran otros tiempos y que intercambiábamos por comida o *hazbah*.

Ese día Úrsula no se levantó de la cama a abrir sus regalos. Su cadáver era un muñeco pálido y rígido. Los análisis revelaron que había ingerido una fibra vegetal en gran cantidad. La investigación llevó a la *hazbah*, a la fábrica textil y a los camellos que habían distribuido la mierda por toda la nave. Casi siempre a niños, pero también a muchos más adultos de los que estaban dispuestos a reconocerlo. Supervisores de zona con la boca pastosa y las pupilas dilatadas nos dieron charlas sobre el peligro de las drogas. Una maravillosa ironía.

—Una amiga mía ha muerto —le dije a la rata aquella noche—. ¿Sabes qué es la muerte? Es como... como lo que hay ahí fuera, creo. Todo negro y vacío.

La rata alzó la cabeza y olisqueó el aire como un animal. Creo que comprendía mis palabras, al menos algunas de ellas, porque aquel día, por primera vez, se acercó a mí.

Me quedé paralizado mientras se aproximaba en silencio. Había crecido desde la primera vez que la vi. La ropa que había ido llevándole tenía desgarros y descosidos por todas

partes y había perdido el color. Tenía la cara manchada de grasa y sus miembros eran escuálidos y largos. Podía ser más alta que yo si se erguía, pero siempre caminaba encorvada y a pasitos cortos, como si temiera que el suelo se viniera abajo bajo sus pies pequeños y sucios.

Me costó permanecer inmóvil mientras sus manos se aferraban a mi ropa y se hacía un ovillo retorcido a medias entre el suelo y mi regazo. Siguió jugueteando con el tapón de corcho sin emitir más que algunos gruñidos.

—Se llamaba Úrsula —continué—. Van a reciclar su cuerpo, claro. Y los adultos están que arden, es como si fuéramos nosotros contra ellos. Pero... es su culpa que pasen estas cosas.

No podía hablarle de la *hazbah* ni de casi ninguna otra cosa.

—¿Tienes padres? —pregunté—. ¿Hay... más como tú por aquí abajo?

La idea de toda una ciudad creciendo fuera de control en los entresijos de la nave me llenó de un repentino temor. Una sola persona sin identificar consumía unos recursos que eran necesarios para el viaje y estaban estrictamente racionados. Si había más como ella podía ser problemático para la misión. Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Estás... estás identificada? —pregunté.

El pequeño dispositivo de control estaba instalado bajo la piel de mi mano izquierda, dos centímetros por encima de la muñeca. Era invisible, pero podía sentirlo al tacto: un cuadrado sólido e inmóvil, casi un hueso más. Con él, la nave siempre sabía dónde estabas y muchas cosas más sobre ti: la frecuencia de tu respiración, tu pulso, tu concentración de glóbulos rojos... Todos los pasajeros habían recibido la inyección de uno de aquellos chivatos en el momento de su entrada a la nave. Era algo tan corriente que no le dábamos importancia ni lo sentíamos bajo la piel.

Sin pensar, busqué la mano de la rata. Pensé que saltaría de nuevo a algún rincón en sombras, pero dejó que la tocara por primera vez. Su piel, sucia y oscura, era sorprendentemente suave. Palpé sus muñecas delgadas y sentí sus huesos pequeños y frágiles. Me miró a los ojos con una sonrisa en la que me mostró sus dientes desiguales.

No tenía identificación.

VI

La *Alegría* era el hogar de quinientas doce personas. El número no era casual: era fruto del cálculo de varias instituciones científicas de la Tierra. Con menos viajeros no se podía garantizar la variedad genética ni siquiera en un viaje de una generación. Con más, habría que

racionar los recursos y podría haber hambrunas y problemas de hacinamiento.

Los viajeros habían sido seleccionados tras unas pruebas físicas y psicotécnicas que permitían predecir un comportamiento estable y seguro. Se valoraba la salud física y mental, pero también la inteligencia emocional, la capacidad para resolver problemas y los conocimientos básicos de mecánica y física para que la nave pudiera seguir en marcha en caso de averías que no pudiera solucionar su inteligencia artificial.

No he hablado de ella. Gaia, qué nombre tan pretencioso. Aunque la nave tenía tres pilotos, mecánicos y personal de limpieza en turnos rotatorios, todos ellos habrían podido descansar cuanto quisieran, porque la *Alegría* tenía procesos y rutinas encargadas del mantenimiento, la dirección y la purificación del aire y el agua. Ni siquiera entre todos los tripulantes tendríamos la capacidad de echar a perder la misión más que con una bomba nuclear o ejecutando un cierre manual de todos los sistemas y permaneciendo a la deriva hasta morir.

Entre los quinientos doce elegidos había unos pocos niños, pero la mayoría eran adultos en edad fértil. La reproducción estaba regulada para no sobrepasar la capacidad de fabricación de alimentos y eliminación de residuos. Tanto los viajeros terrícolas como los individuos nacidos en la *Alegría* eran esterilizados, pero se guardaban óvulos y espermatozoides viables en contenedores del sector nueve. Había dos maneras de procrear. El comité podía decidir que era necesario ampliar la población y seleccionaba entre el banco de gametos para comenzar el desarrollo de embriones en úteros artificiales. La segunda forma era a petición de alguien interesado, ya fuera en parejas, grupos o de forma individual. Había que valorar las solicitudes, evaluar la compatibilidad y calcular el impacto ambiental. Era un proceso largo y tedioso. Lo sé porque fue el trabajo que desempeñé en el comité demográfico en los últimos años del viaje.

En la Tierra, al lanzar la nave, los científicos del comité seleccionaron entre los candidatos a los más próximos en extracción social y en nivel sociocultural, pero con algo de manga ancha para la pluralidad. Era como un pequeño pueblo en el que casi todo el mundo se conoce. Puede que algunos vecinos no sean de tu agrado, pero los defenderías contra cualquier extraño del pueblo de al lado. Mamá me contó que era imposible colarse en una de las naves y yo siempre la creí. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era una de las responsables del control de la población, lo sabía mejor que nadie.

Así que se me ocurrían varias maneras de que la rata hubiera llegado al sótano, y todas tenían algo en común: eran imposibles. Había sido abandonada antes de que la identificaran y había sobrevivido sola. Se había colado sin que lo notaran los viajeros, los refugiados que hacían cola antes del despegue, los espectadores, los vigilantes y la prensa. Había nacido del

aire. Era una alucinación persistente. Era la personificación torpe y algo salvaje de Gaia tratando de comunicarse con la humanidad.

Nunca lo descubrí.

VII

Tenía casi veinte años cuando estalló la guerra.

Los trabajadores de los sectores inferiores llevaban mucho tiempo protestando por sus condiciones laborales. Junto a ellos se amotinaron algunos finalistas, ansiosos por cambiar el rumbo de la nave, y varias personas de mi generación, que se sentían atrapadas en un viaje en el que no habían escogido participar. Habían convocado huelgas, y una huelga de limpieza en una nave como la *Alegría* no es solamente una leve capa de suciedad, sino una pequeña amenaza a la supervivencia. La nave podía reparar sus propias averías y garantizar el suministro de agua, pero sin un trabajo rutinario el agua podía contener bacterias que provocarían enfermedades del tracto digestivo.

Aunque las labores de mantenimiento más penosas eran rotatorias, este sistema igualitario no se mantuvo más que unos diez años. Pronto los puestos de mayor rango se hicieron prácticamente hereditarios. Pilotos, cosmógrafos, físicos, médicos, demógrafos. Lo sé mejor que nadie, porque mi plaza en el comité demográfico la ocupó mamá antes que yo. Cuando murió en el ciclo diecisiete del viaje nadie dudó que yo la sustituiría. Aprobé los exámenes al primer intento y fui de las primeras personas de la *Alegría* en presenciar la explosión.

Las armas de la nave estaban muy controladas, pero con un poco de creatividad era posible fabricar explosivos de baja potencia. Y cualquier potencia explosiva es suficiente amenaza en el interior de un cilindro metálico que viaja a un tercio de la velocidad de la luz.

El sector más radical de los finalistas hizo estallar una olla-bomba en las cabinas de propulsión personal del sector once. Era hora punta: hubo veinte heridos y los mamparos divisores reventaron y dejaron a la vista los entresijos de la interzona once-doce. Vi el brillo repentino de la explosión desde el anillo de servicio del sector nueve, junto a las oficinas del comité. Brillantes fragmentos del fuselaje cayeron al vacío a cámara lenta. Parecían diminutos y frágiles en la distancia, pequeños pájaros envueltos en negrura.

Hubo un instante tenso de silencio antes de que las alarmas se disparasen. La voz de Gaia me habló a través de la holopantalla.

—Avería detectada en sector once. Se procede al cierre de seguridad de los mamparos. Se ruega abandonen el sector once y colindantes mientras trabajan los robots de reparación.

A la misma vez, otros canales solicitaban la intervención del personal de emergencias médicas y los noticieros hablaban de un ataque externo. ¡Externo! Tan inaudito nos parecía un acto de terrorismo.

Los finalistas se organizaron en los sectores de mantenimiento y tomaron el anillo inferior sin apenas resistencia. Muchos de mis compañeros de travesuras estaban con ellos, hartos también del exilio forzoso a Lemuria, un planeta tan desconocido como la Tierra. El personal de seguridad estaba armado, pero sus discos sónicos eran incapaces de hacer frente a la avalancha humana que recorría los corredores. Sus armas eran tuberías partidas, tablas de madera, incluso rocas de los ecosistemas montañosos. No era un ejército, pero era más que suficiente para poner manos arriba a una población desarmada.

Permanecimos encerrados en las oficinas del comité demográfico, temerosos de salir al exterior, aunque nos separaban varios niveles de los amotinados. Las redes internas hervían de mensajes de apoyo y de repulsa. Se hablaba de nuevas explosiones, de muertos, de ejecuciones. Los vídeos colapsaban la red y las holopantallas bramaban una cacofonía desigual formada por escenas de las mismas grabaciones tridimensionales.

Gaia trataba de proporcionar información fiable y los rebeldes amenazaron con reiniciarla si no colaboraba con ellos. Su respuesta fue el mensaje aséptico de un robot.

—El reinicio del sistema dejaría todas las funciones de todos los subsistemas en modo de control manual.

En otras palabras, íbamos a tener que pilotar la nave y frenar un motín al mismo tiempo. No creíamos que fueran capaces de hacerlo hasta que la nave frenó y todos los equipos se reiniciaron. Alguno de los rebeldes tenía permisos de nivel alfa. No había rastro de la capitana Julien ni de Myers, el jefe de seguridad. El ecosistema acuático del sector doce se desbordó y no logramos devolverlo a su estado original en el resto de la travesía.

La guerra duró tres días y, encerrado en la oficina, solo la viví a través de las holopantallas y los canales de comunicación. Murieron veintitrés personas y hubo sesenta y un heridos. Solo se produjo una batalla digna de ese nombre: en los corredores inferiores, por primera vez en toda la travesía, se escucharon los disparos de pistolas mecánicas y los zumbidos de abeja de los discos sónicos. Los equipos de seguridad capturaron a los cabecillas de la revuelta y comenzó el gran debate.

¿Tenía sentido tener prisioneros en la *Alegría*? ¿Quién estaba legitimado para aplicar castigos a otras personas? Los finalistas creían que ya éramos presos en la nave, ¿cambiaría algo que los recluyeran en celdas improvisadas? Nuestros mayores habían esperado un viaje tranquilo y pacífico. Habían creído que seríamos como ellos, calcos de su homogeneidad, pero no éramos iguales.

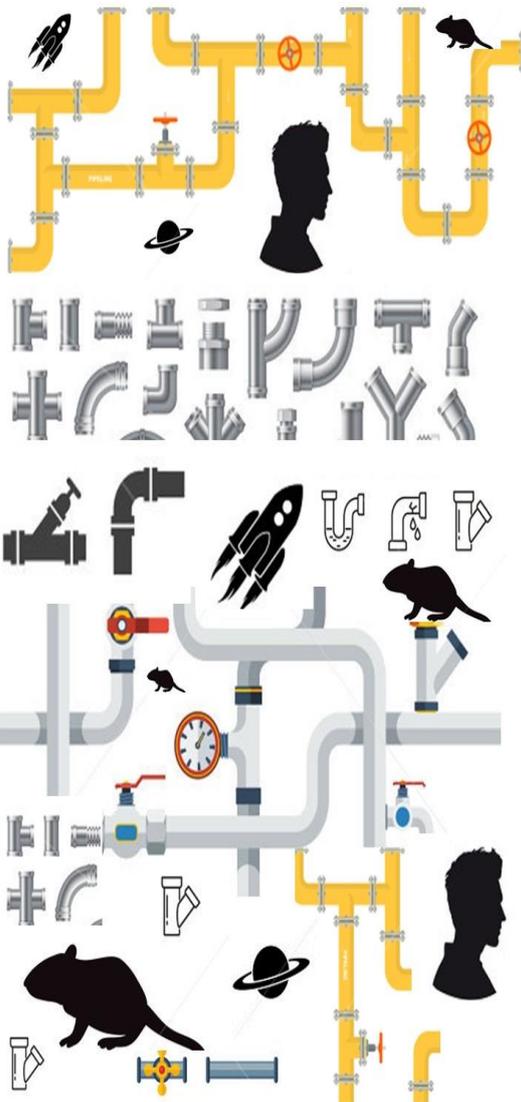
Nadie quería que la nave se convirtiera en un estado policial, pero ocurrió delante de nuestras narices. La capitana Hunyadi se hizo con un poder absoluto y casi nadie lo vio con malos ojos. Era necesario mantener el orden, así que cedimos con la excusa de que había que garantizar la seguridad.

Cuando Gaia despertó de nuevo, varias de sus funciones de comunicación permanecieron dormidas. Al realizar algunas consultas al sistema nos acostumbramos a escuchar un mensaje que nunca antes había pronunciado.

—No dispone de los permisos de acceso necesarios para ejecutar esa rutina.

VIII

En cuanto cesó la batalla, aun antes de comprobar si era seguro, descendí hasta las tripas de la *Alegría*. Aquellos niveles habían sido el escenario de una guerra en miniatura: necesitaba



encontrar a la rata y ver si estaba bien. Quería pensar que conocía escondrijos ocultos y era más que capaz de escabullirse si había problemas, pero seguía siendo una niña perdida en los entresijos oscuros de un armazón metálico. Aunque ya era tan alta como yo, o puede que más —siempre la veía encorvada o gateando como un animal—, era incapaz de verla como a una adulta. Era a la vez mi secreto, mi hija, mi mascota y mi debilidad.

La guerra, como la llamamos a posteriori, había dejado sus dientes clavados en los sectores inferiores. Los surcos humeantes de las descargas plásmicas alternaban con los orificios circulares de los balazos que solo conocíamos por las películas antiguas. Las manchas de sangre eran borrones impersonales que salpicaban paredes, suelos y barandillas. Tiznones rojizos, abstractos pero lejanamente humanos. El olor de la carne quemada remitía a algo de humanidad rota en un paraje de cables y conductos metálicos.

El miedo me hacía caminar despacio, tan encogido y temeroso como la rata. Se había firmado la paz, pero por los canales internos

llegaban rumores de rebeldes que permanecían acantonados en las recicladoras de agua. Cada sonido, cada siseo lejano de una puerta o el roce leve entre dos paneles me hacía estallar el corazón.

Recorrí todos los escondites que conocía de la rata. La estrecha fisura entre un ventilador y la puerta del sector veinte. Los corredores en penumbra del sistema de bombeo de aire. Los huecos en los bajos de los contenedores de agua. Los estrechos espacios entre las cubiertas de los conductos y los falsos techos. La había encontrado tantas veces en tantos lugares que tardé toda la tarde en comprobarlos. Para nada, porque no la hallé en ninguno de ellos ni aun en los que se me ocurrieron por el camino.

La *Alegría* era demasiado grande para encontrar a alguien que llevaba oculta veinte años. Era imposible. Pero seguí bajando un día tras otro, por si acaso. Me costaba respirar pensando que la rata había muerto en la guerra. Que algunas de aquellas sangres absurdas que teñían los suelos y paredes era la suya. Pero ni la encontré ni los canales de noticias hablaron del hallazgo de un cadáver sin identificar. Algo así habría revolucionado la nave. Éramos quinientos cincuenta y siete y ya estábamos en el límite de la capacidad de la *Alegría*. Sobre mi mesa había cuatro peticiones de procreación denegadas por exceso de población. La revelación de que podía haber incluso más personas viviendo en lo más recóndito de los niveles inferiores era echar leña al fuego de otra guerra.

Mis paseos vespertinos, cada vez más largos, se interpretaban como una pequeña rareza. A Nico le gustaba pasear para meditar, decían. O se imaginaban que mantenía un pequeño huerto clandestino por allí abajo. Algunos viajeros habían plantado unas tomateras raquílicas junto a las escaleras del tercer nivel, ¿por qué no hacerlo en un sitio menos transitado? Pero no creo que a nadie se le pudiera ocurrir el motivo real de mis paseos solitarios. Que alguien del comité demográfico hubiera perdido la cabeza era una cosa. Que hubiera polizones en la nave era impensable.

Cathy y yo nos casamos unos días antes de alcanzar nuestro destino. Ni siquiera a ella le hablé nunca de la rata.

En nuestra luna de miel descansamos en el ecosistema cálido del sector cinco viendo ya cómo el disco brillante del planeta Lemuria crecía en el firmamento. Modificábamos la vista para verlo en infrarrojo, en ultravioleta y en todas las longitudes posibles. Una fiesta de colores tras un viaje que no habíamos decidido emprender. Un mundo nuevo muy diferente al único que habíamos conocido hasta entonces. El punto de llegada.

Nuestro hogar.

Aterrizamos.

La aproximación a Lemuria fue una larga respiración contenida. Por unos minutos no éramos finalistas, unionistas ni demógrafos: éramos humanos. Estábamos naciendo a una vida nueva en un lugar desconocido y podíamos olvidar nuestras diferencias. Todas nuestras opiniones, nuestras creencias y nuestras ideologías dejaban de tener valor según nos aproximábamos a aquel planeta verde y blanco.

Habíamos pasado cuarenta y dos años en la *Alegría*. La primera generación, la de nuestros padres, subió a bordo con tristeza porque abandonaba su hogar y con la esperanza de hallar uno nuevo. Nosotros descendimos de la nave con miedo y hartos de las estrecheces y achaques de la *Alegría*. Problemas en los motores, en los paneles solares, en la protección antirradiación, en las juntas entre los sectores, en la climatización. Ecosistemas sellados, fugas de agua, luces inservibles. Era una camisa demasiado estrecha que al fin nos quitábamos de encima.

Los lemurianos, que habían colonizado aquel planeta hacía siglos tras un viaje como el nuestro, nos ordenaron atracar en una zona específica en un idioma que podíamos comprender casi a la perfección. El tono de voz de aquella persona era autoritario y suspicaz, como si no esperase nuestra llegada.

Grabamos el ascenso de las puertas inferiores de la *Alegría* en nuestras holopantallas. La capitana Hunyadi fue la primera viajera en pisar el suelo de Lemuria. Y, en ese preciso instante, su autoridad se desvaneció.

Como habían temido algunos de los nuestros, los habitantes de Lemuria no nos recibieron como a familiares ni a amigos. Los finalistas no se habían equivocado: armas en alto, amenazas veladas, gestos hoscos. Largas hileras de alambradas nos separaban de la exótica vegetación que crecía junto a los edificios prefabricados. Dos filas de personas armadas con rifles plásmicos formaban el único camino posible desde la *Alegría* hasta dondequiera que estuviera nuestro futuro. Sus uniformes lucían colores e insignias desconocidos y sus rostros estaban marcados por rasgos que nos eran extraños. Tras las máscaras de sus trajes de protección podíamos adivinar facciones duras y afiladas y también ojos que evitaban nuestras miradas.

Cathy y yo recorrimos aquel pasillo junto al resto de viajeros, olvidadas ya nuestras diferencias. Éramos forasteros, todos idénticamente insignificantes. Refugiados de un planeta remoto, abandonado y roto. A mi alrededor, mis antiguos compañeros guardaban el mismo silencio que nosotros. La visión de las armas plásmicas nos reducía el estómago a una tensa bola de acero. Intercambiábamos miradas de desconcierto y solo algunos de los finalistas más

radicales se permitían esbozar sonrisas de suficiencia.

Pese al miedo, la busqué en la larga hilera que formábamos. Quise ver sus miembros escuálidos y largos, su rostro pálido y sus ojos rasgados llenos de una inteligencia particular. Pero ni aquel día ni ningún otro volví a ver a la rata.

Nos asignaron a un campo de refugiados en el extremo de una ciudad de bloques semiesféricos idénticos. Trabajábamos en las minas y nos daban algo parecido a comida, día tras día, sin saber si alguna vez aquellos rifles se dispararían o si se hartarían de tenernos allí. Hunyadi enfermó, alguna clase de virus lemuriano. Se la llevaron delante de mis ojos y no volvimos a verla jamás. No había respuestas a nuestras preguntas, así que pronto dejamos de hacerlas.

Ni siquiera cuando los lemurianos dismantelaron la *Alegría* pieza a pieza pude aproximarme a las ruinas de nuestra nave y comprobar si la rata aún seguía allí, oculta, ignorada por todos. ¿Habría sido capaz de sobrevivir ella sola? Había comida y agua de sobra y el aire seguía reciclándose. O puede que hubiera escapado y se ocultara en algún rincón de la ciudad. O que ni siquiera hubiera sobrevivido a nuestra guerra inútil.

Cuando vi cómo reducían el majestuoso cilindro de metal de la *Alegría* a escombros, supe que jamás volvería a verla.

Javier Pavía Fernández

Nació en Madrid en 1982. Es Licenciado en Periodismo, aunque no le guste reconocerlo, y actualmente trabaja como Community Manager en la Biblioteca Nacional de España. Es autor de novelas de fantasía y humor, como *El examen final* (2014) y *Tic, tac* (2016), además de la distopía canalla *Pablo contra Pablo* (LCLibros, 2016). En breve publicará su tercera novela, *Defender: los reyes del rock*.

Coyotes y Centauros

Juan Luis Muñoz Villar

Hogar. Hogar y familia. Eso es lo que todos buscamos, ¿no? Lo que necesitamos. Cimientos sólidos sobre los que asentarse y crecer protegido y sin miedo. Unos nacen ya con ello, lo tienen delante toda la vida y ni lo aprecian. Es como respirar. Pero para otros no es tan fácil. Para otros nada viene regalado y no tienen más salida que pelear por lo que para los demás viene gratis, como encontrar un sitio que puedan llamar suyo. O por el aire para respirar.

Yo regresé a mi hogar, a la Tierra, al terminar mi servicio en el ejército. Había pasado unos ocho años dando vueltas por el Sistema Solar, dedicado a la normalización de colonias mineras con líderes sindicales demasiado creativos. Ocho años sin apenas haber sentido una gravedad medio decente y respirando malolientes atmósferas recicladas. Tenía que haber regresado antes a casa pero el trabajo se me daba bien y siempre había una misión más. Encadené un contrato tras otro hasta que un incidente con unos oficiales en la taberna de una estación espacial terminó con mi etapa castrense. Ellos conservaron sus galones y sus privilegios y yo casi todos mis dientes naturales. Mereció la pena.

Necesité una semana de borracheras para aclimatarme a la vida en el planeta, respirar y tener los pies en el suelo, esas cosas, antes de atreverme a revisar mi buzón de mensajes personales. La costumbre entre los soldados es ignorarlos durante el servicio, así es más fácil hacer lo que hacíamos sin que nadie nos recordara que seguíamos siendo seres humanos con padres, hermanas o sobrinos. Por eso cuando abrí mi bandeja de entrada esperaba verla llenita de mensajes cariñosos y fotos de críos creciendo.

Solo había un mensaje. Un único mensaje en ocho años. Se podía sentir el amor familiar que rezumaba ese solitario sobrecito, como si resbalara por la pantalla un moho viscoso color arcoíris.

Lo único que me contaba mi querida familia es que se habían marchado de la Tierra. Aquí no quedaba nada para ellos, decían. Trabajar los campos ya no compensaba el esfuerzo.

Las ciudades eran demasiado grandes, la comida demasiado escasa, el planeta demasiado hostil. No había futuro, decía en la grabación la mujer que había sido mi hermanita; esto no era ya un sitio para los niños. Y ellos no eran como yo, lloraba mi madre todavía no sé por qué. No aguantarían vivir en las colonias del Sistema Solar, siempre encerrados en cúpulas de acero o en túneles bajo la superficie, sin ver nunca más cielos azules o pájaros volando. No, eso no les valdría, eran gente de campo. Su destino tendría que ser el nuevo planeta, la nueva Tierra. Una oportunidad que no podían dejar pasar. Y para allá que se marchaban. Adiós, muy buenas.

No me lo podía creer, me habían dejado atrás. Se habían ido sin esperarme, sin consultarme y gastandose mi parte de la herencia. Me sentí tan engañado, insultado y traicionado que necesité otro mes de borracheras para tratar de asimilarlo. En el hospital, mientras se me curaba la mandíbula fracturada, me despejé lo suficiente como para convencerme de que en realidad estaba muerto para ellos, que había dejado de ser parte de esa familia.

En realidad no era tan raro. Ya cuando tuve que dejar precipitadamente los estudios para alistarme sentí el alivio colectivo de la familia mientras me decían adiós desde la plataforma de la lanzadera. Era un mal bicho, una fuente de disgustos y vivían mejor sin mí. Vale, de acuerdo, soy muy malo. Pero pensaba que después de tanto tiempo tendrían por lo menos un poco de ganas de verme.

No es que no me fiara, pero tenía que verlo con mis propios ojos. Así que me gasté los créditos que me quedaban en un transporte hasta la granja familiar. En mis recuerdos de infancia, la casa estaba en medio de un mar de cultivos. Recolectores autónomos navegaban ese mar, recogían la caña y la transportaban a la planta donde se destilaba el etanol, que luego se vendía como combustible para los coches de la ciudad. Ahora, la casa no era más que un cascarón hueco en medio de un erial desértico que mis botas apenas conseguían horadar. Busqué en el ambiente el fresco aroma dulzón que recordaba, pero no lo encontré. Aquello estaba muerto.

Habían explotado la tierra hasta la última gota. Después habían vendido la maquinaria y las demás propiedades para conseguir el pasaje en la nave que los llevaría al nuevo mundo. Y se habían marchado sin mirar atrás, sin remordimientos, sin acordarse de su hijo mayor y su parte de la herencia.

Escupí sobre el suelo que me vio crecer. La saliva chisporroteó en la roca abrasada por el sol. La gente habla de la soledad del espacio, pero no tienen ni idea. En el espacio siempre estás con alguien, respiras el mismo aire y bebes la misma agua reciclada. No, la soledad no es el vacío del espacio, ni las órbitas perpetuas. La soledad es una casa abandonada, un hijo olvidado. El vacío es el que sientes en el estómago cuando vas a dar un paso y descubres que no hay escalón ni hay donde agarrarse, y te das cuenta de que no es un sueño del que vas a despertar antes de chocar contra el suelo.

Así que decidí marcharme yo también a la nueva Tierra. No se iban a librar de mí. Les arrancarí mi porción de cariño familiar y les obligaría a que me dijeran a la cara lo que tuvieran que decirme, que me miraran a los ojos y se atrevieran a desahuciarme en persona. Y luego buscaría una nueva vida allí, bajo un sol que no quemara tanto.

El problema que tenía ese plan era que los pasajes en las naves interestelares cuestan un pastón, qué os voy a contar. Yo no tenía dinero y con mi historial ninguna corporación me avalaría el viaje. No daba el perfil de colono trabajador y civilizado que buscaban en la sociedad paradisíaca que estaban construyendo en el otro planeta. No querían repetir la historia y sus errores.

Pero hay otras formas de viajar hasta allí. Un trayecto tan largo en una bestia kilométrica como la Chiron no se rentabiliza solo con familias de colonos, por mucho que paguen. La carga se complementa con envíos de maquinaria, tecnología, vehículos, materias primas, embriones y semillas para cultivar. Al fin y al cabo, hay que construir un mundo entero a medida de la humanidad, que sustituya a la pocilga en que hemos convertido el mundo que nos parió.

Así que además de colonos en la nave viaja mucha gente, unos de forma legal y otros no tanto. Cada nave es una ciudad en movimiento, con sus luces y sus sombras, una sociedad reflejo de las de la Tierra, nauseabunda e hipócrita.

De todo esto se entera uno en el espaciopuerto. No hay más que dejarse caer por los sitios adecuados, alardear de historias del servicio, de cómo machacamos a estos o aquellos revoltosos. Que no se te noten los pocos escrúpulos que te queden. Si sobrevives al proceso no tardas en recibir propuestas interesantes, acordes a tu currículum.

Era un trabajo sencillo, en el servicio de atención al cliente de la organización. Nos dedicábamos a hacer visitas a casas de los suburbios, casas donde vivían familias como los Olsen. Tenían dinero, pero no lo suficiente para sufragarse un expediente immaculado y un

pasaje por la vía reglamentaria. Quizás alguno tenía un rastro genético que no se podía reparar o antecedentes que estuvieran catalogados como antisistema. A lo mejor es que simplemente no habían apoyado al clan o a la corporación adecuada. O tal vez tuvieran un hijo peleón al que no habían podido desheredar, como sí hicieron otras familias más espabiladas. Daba igual el porqué, el caso era que no habían pasado los filtros para convertirse en colonos con marchamo de calidad aprobado por las corporaciones que fletaban las naves y controlaban la colonización de la nueva Tierra.

Y aún así querían ir, sigo sin explicármelo.

Para conseguir lo que querían, las familias como los Olsen tenían que tratar con la gente que me contrataba. El proceso era muy fácil; demasiado, como todo lo malo. Acordaban un precio, al principio muy razonable. A cambio entrarían como polizones en la nave, entre los contenedores de carga, en unos habitáculos a todo lujo con provisiones y soporte vital para los años de viaje. Incluso, por un extra, se podían conseguir unos nichos de hibernación, para que el viaje pasara más rápido.

Pero una cosa era lo que acordaban y otra muy distinta lo que recibían. Se les decía que había que pagar sobornos, conseguir las provisiones y un sinfín de trámites que siempre costaban dinero. Siempre más dinero. Firmaban créditos y contratos vacíos. Al final, cuando las familias se daban cuenta de que a lo mejor el trato que estaban recibiendo no era del todo justo y querían tramitar alguna queja, ahí era donde entraba yo. El servicio de atención al cliente.

Así conocí a los Olsen.

No hacía falta ponerse muy violento. Bastaba con aparecer por allí, mientras alguna rata de la organización les recordaba los compromisos, la enorme deuda que habían adquirido. Si se echaban atrás ahora se quedarían con la deuda y sin pasaje. ¿Qué futuro iban a dejar a sus hijos si se rajaban ahora? Una hija tan guapa y un niño tan prometedor... En la Tierra solo les aguardaban las colonias exteriores, el ejército o cosas peores. Esas cosas les decíamos.

Ellos, los Olsen, me miraban y se abrazaban, convenciéndose de que a pesar de todo, a pesar de mí, hacían lo correcto al escapar del sombrío futuro que les esperaba en la Tierra, por más oscuro que pareciera el camino que habían tomado. Estos no se separarían nunca, me dije, pasara lo que les pasara estarán juntos hasta el final. Estos no dejarán hijos por el camino.

Después de mi visita, muchas familias continuaban pagando. El truco era que no desesperaran. Había que irlos sangrando poco a poco, que creyeran que seguían teniendo una oportunidad de hacer el viaje. Siempre tenían algo más de dinero escondido, aunque en el otro lado no les iba a servir de nada. O joyas familiares, tecnología o ropa que pudieran empeñar a cambio del dinero que les faltaba, todo por unos módicos intereses que también nos encargábamos de recolectar. Y así seguían pasando por el aro y pagando. No tenían otra opción, sabían que o hacían lo que se les pedía o esa sería la última parada de su viaje.

La verdad para la mayoría de las familias era que si acaso llegaban a viajar al espacio serían transformadas en biofuel para las lanzaderas. Pero algunas aguantaban el tiempo suficiente, gestionaban mejor sus cartas o, qué sé yo, tenían suerte. Familias como los Olsen que conseguían ascender a la estación espacial, la primera etapa en el viaje.

Para mí también fue un ascenso viajar con ellos. Mis jefes necesitaban gente en la estación, coyotes, matones acostumbrados a moverse sin gravedad, a manejar armas y a solucionar problemas. Aunque el personal de la corporación que trabajaba en órbita estaba bien untado para hacer la vista gorda y dejar en paz los negocios alternativos, las cosas podían ponerse peligrosas. Así que me mandaron allí a controlar el ganado.

Durante el trayecto en la lanzadera no conseguí romper el hielo con los Olsen. Nuestra relación previa había sido sólo, digamos, comercial, y no resultó la mejor base sobre la que edificar una amistad sincera y fraternal.

El habitáculo que compartíamos en la lanzadera olía a brisa marina. Eran ellos, los Olsen, los que olían así. Se habían perfumado con un aroma complejo que evocaba los olores de su tierra, sus fiordos y bosques. Los trajes de viaje de una pieza que vestían parecían de segunda mano, pero estaban limpios y en buen estado. Los habían personalizado con parches que simulaban vistosos bordados. Les veía nerviosos, tensos, quizá ilusionados. Seguro que habían preparado todo con mimo para este viaje.

Haciendo mi trabajo lo normal es olvidar que la mercancía que transportamos son personas, con sus sueños y sus esperanzas. Los Olsen estaban dejando atrás su mundo, el único que conocían, para nunca volver. Acababan de dar un salto de fe y, aunque ya no había vuelta atrás, todavía no sabían si ese paso encontraría suelo firme o si por el contrario estaban ya cayendo hacia una oscuridad sin fondo. Habían entregado sus vidas y sus esperanzas a una panda de desalmados como yo.

Pensar en todo eso me revolvió las tripas mucho más que la aceleración del despegue. La falta de costumbre, me dije.

En la lanzadera iba sentado enfrente de las chicas, Kristine y Frida, que trataban de permanecer inmóviles y mimetizarse con el acolchado de la pared del habitáculo. Normal que estuvieran incómodas, tenían delante a un matón que las estaba escrutando con la mirada desenfocada de un loco peligroso que parecía sumido en oscuros pensamientos.

Gustav, sentado a mi derecha, también parecía estar muy preocupado por mi presencia y por la excesiva atención que estaba prestando a su mujer y su hija. El único que parecía disfrutar era el pequeño Mats, que no quitaba ojo de la pistola que llevaba en la pechera. Se pasó el viaje preguntándome que a cuántos hombres había matado, que si había estado en la cárcel como decía su mamá y que si de verdad les iba a tirar por la ventana de la lanzadera después de quitarles todo en cuanto estuviéramos en órbita, como decía su papá.

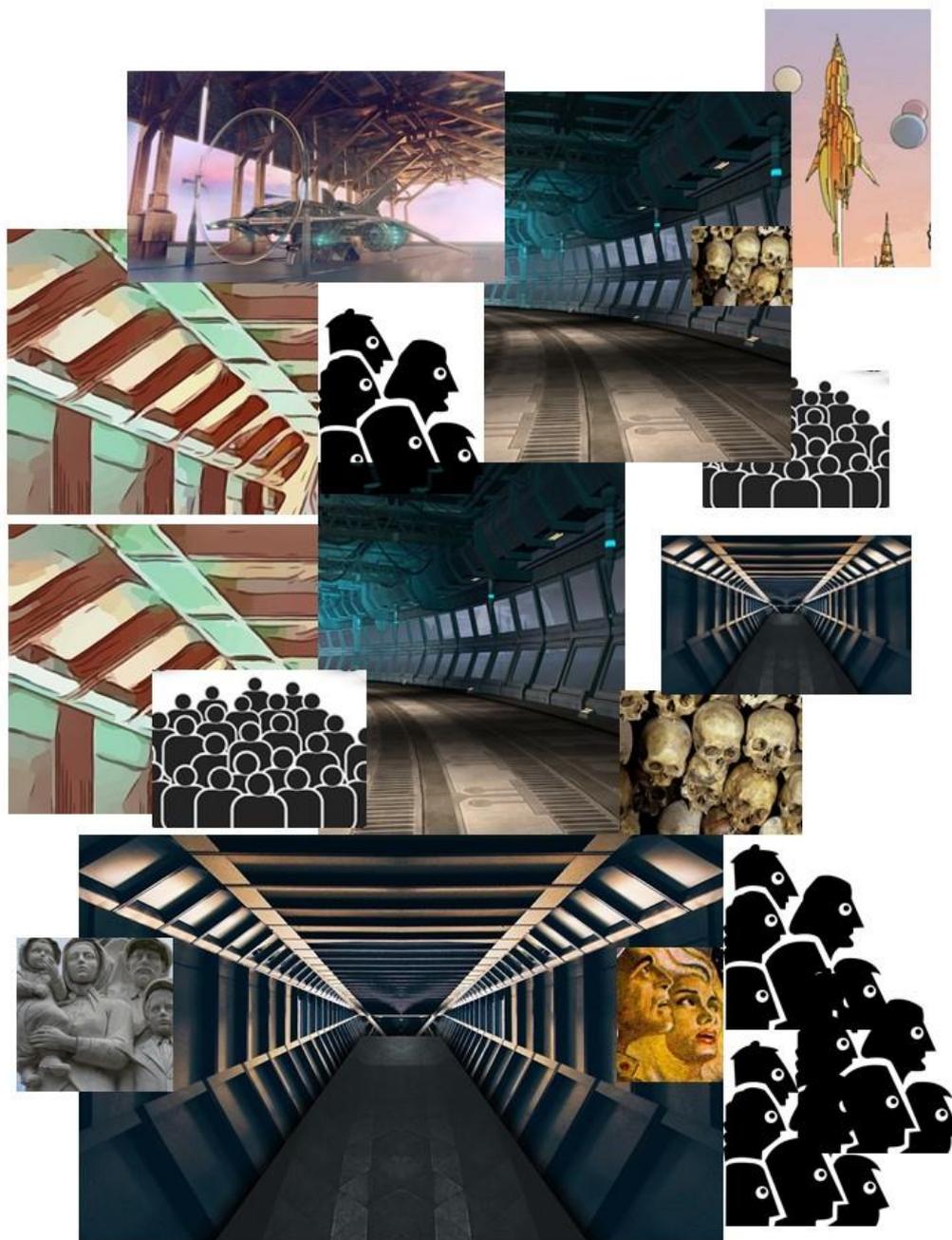
Fueron unas horas muy agradables, casi como una cena navideña en el rancho.

Por fin entramos en órbita y pudimos quitarnos los arneses. Para ellos era la primera vez, así que tuve que enseñarles a manejarse sin gravedad. Y eso es como bailar: hay que arrimarse un poco para explicar bien las cosas, de modo que la cara del bueno de Gustav no mejoró mucho. De todas formas, el tipo no hacía nada más que poner malas caras, pero no me recriminaba ni increpaba. ¿Qué otra cosa podría hacer? Estaban en mis manos, encerrados en un compartimento separado de la cabina principal de la lanzadera, donde viajaban los empleados del muelle y los pasajeros legales. Podían quejarse a la tripulación, claro. Si lo que querían era acabar flotando por el espacio, no tenían más que decirlo.

Pero esas suspicacias eran normales, me tenían solo por un matón y un bruto sin escrúpulos, un coyote vicioso y aprovechado que vivía a costa de traficar con seres humanos. Debieron pasar todo el viaje sospechando que acabarían engañados, muertos o violadas. O una mezcla de todo un poco.

Con el que mejor me llevaba era con el chaval, con Mats. Se pasó los días de viaje en la lanzadera aprendiendo trucos acrobáticos en la microgravedad, propulsándose y dando volteretas. También jugábamos a los dardos espaciales, disfrutaba más que con su consola. Fabricamos los dardos con unas varillas y unas hojas de papel a modo de velas. Luego los lanzábamos despacito. El truco era darles el impulso justo hacia delante, que no se desviarán ni arriba ni abajo ni a derecha o izquierda. Los dardos planeaban surcando el aire ingravido

hasta fallar o acertar en la diana que habíamos dibujado en una pared. Si veíamos que se iban a desviar, estaba permitido soplarle a las velas para enderezar el rumbo. El crío se lo pasaba pipa. Al final, hasta la joven Frida se puso a jugar. Riendo y compitiendo con su hermano sí que parecía una niña de verdad, no le hacía falta el inútil disfraz infantilizado con el que la vestían para tratar de ocultar a los brutos desalmados como yo su sublime adolescencia.



Tras unos cuantos días compartiendo habitáculo, respirando el mismo aire reciclado y comiendo el mismo menú precocinado me sentía como de la familia. Pero cuando llegamos a

la estación espacial se nos acabó la diversión. Había que volver a portarse con profesionalidad, nada de juegos con el ganado.

La lanzadera inició la maniobra de acoplamiento con la estación espacial. Los arneses de seguridad nos mantenían fijos a las butacas mientras las aceleraciones de la lanzadera cambiaban la dirección de arriba y abajo cada pocos minutos. En una pantalla en la pared del compartimento se podía ver todo el proceso. La estación espacial parecía la maqueta de un hormiguero enorme, un amasijo de tubos, ramificaciones, aristas, naves y contenedores de carga acoplados por todas partes. Aproveché para explicarle a Mats, que era el único que preguntaba, que aquello no era la nave espacial que les llevaría a la nueva Tierra. Aunque la estación le pareciera enorme no era nada comparada con la Chiron. La nave en la que iban a embarcarse era tan grande como una ciudad, medía varios kilómetros de largo.

Cuando la maniobra terminó tuvimos que esperar a que la gente de la organización que trabajaba a bordo nos diera la señal de que el camino estaba libre. De vez en cuando yo salía a ver qué tal iban las cosas fuera de la lanzadera —con mi uniforme y mi identificación oficial de empleado de los muelles de carga podía moverme sin despertar sospechas—, pero dejé de hacerlo porque cada vez que regresaba las caras de los Olsen eran un poema. Estaban convencidos de que en cualquier momento su viaje iba a terminar de forma brusca y terminal.

No se lo reprocho, era normal que estuvieran nerviosos. Era un momento delicado y todos lo sabíamos. Si alguien husmeaba más de la cuenta podía descubrir a los rubios polizones y eso sería el final de su viaje. Con suerte, acabarían de regreso en la Tierra para empezar otra vez desde cero. Quién sabe, quizá si les descubrían también sería el final de mi propio viaje.

Esperamos a oscuras y con el soporte vital al mínimo, no convenía que los indicadores de la estación delataran la presencia de algo vivo dentro de aquella lanzadera. Escuchábamos solo nuestras respiraciones, que se fueron sincronizando hasta parecer un único hálito. Creo que ellos estaban abrazados, aunque yo solo noté un ligero roce de una mano, suave y pequeña, con la mía.

Por fin se abrió la trampilla. Recortadas contra la brillante luz del pasillo aparecieron dos figuras, vestidas con el mismo uniforme de trabajo que vestía yo. Tuve un instante de duda, pero en seguida empezaron a indicarnos que les siguiéramos y quité la mano de la culata de la pistola. No eran vigilantes o trabajadores, o al menos no solo eso. Eran coyotes,

mis colegas de profesión, que se sacaban un sobresueldo con el tráfico de ilegales aspirantes a colono.

Cruzamos flotando los pasadizos de la estación, gateando por las paredes siguiendo a los coyotes, hasta que llegamos al muelle de carga. No nos encontramos con nadie más durante el trayecto, lo tenían bien preparado. Un conducto cilíndrico conectaba la estación con el contenedor de mercancías que había sido transformado en residencia temporal. Mientras estuviera acoplado, ese cordón umbilical suministraría aire, agua y energía al interior.

El manifiesto de carga indicaba que el contenedor transportaba un cargamento de máquinas excavadoras. Muchos sobornos había que haber pagado para que aún así estuviera conectado a la red de soporte vital de la estación espacial.

El habitáculo era más agradable que la lanzadera. Parecía un gran vagón de tren, con un pasillo que conectaba los camarotes familiares, preparados con literas y cuarto de baño. Un lujo. Un ensanchamiento del pasillo hacía las veces de zona común, compartida por todos los polizones que iban a viajar en ese contenedor. No había ventanas, en eso no habían pensado. Las excavadoras no necesitan ir mirando el paisaje.

Un sitio muy bonito, decían los coyotes —un par de encantadores seres humanos a los que no daría la espalda ni con una pared de acero por medio—. Lo habían preparado especialmente para que estas chicas tan guapas estuvieran cómodas. Ya vendrían más tarde con algunos obsequios para ellas, para que estuvieran más a gusto.

En cuanto a mí, me podía olvidar de ese contenedor, ya se encargaban ellos a partir de ahora. Podía ir a mi camarote, dedicarme a mis labores como trabajador de la estación o, mejor, fingir una enfermedad y volver a la Tierra hasta el siguiente viaje, como hacían todos.

Claro que sí, en eso mismo estaba yo pensando.

Cuando más tarde me vieron todavía trabajando en la estación no pusieron buena cara, pero tampoco demasiadas pegas. El tener un aspecto como el mío tiene la ventaja de que nadie cuestiona mucho tus opiniones, a no ser que estén muy seguros de lo que dicen.

Los Olsen se quedaron encerrados. No se podía saber cuánto tiempo faltaba hasta que el contenedor dejara la estación para acoplarse a la nave. La compuerta no se podía abrir desde dentro, no convenía que los polizones tuvieran la tentación de darse paseos por la estación como si fueran turistas. No se lo tomaron muy bien, pero si pensaban que podían salir a comprar el pan y a dar los buenos días a los vecinos, estaban muy equivocados.

Me dije que cuando yo hiciera el viaje sería con los pasajeros de primera clase, nada de ir encerrado en una lata. Con el dinero que ganara me conseguiría una identidad biométrica falsa, una buena, como de apostador profesional retirado o empresario de colonias mineras. Haría el viaje alternando fiestas aristocráticas con periodos de hibernación. Iba a llegar al nuevo planeta como un auténtico señor.

Durante la espera en la estación solía visitar el contenedor de los Olsen. Los coyotes también les visitaban, para terminar de sangrarlos y entretenerse un poco. A mí no me decían nada, pero no hacía falta. Lo veía en el alivio que mostraban cuando se daban cuenta de que era yo quien abría la compuerta, se adivinaba en las sombras oscuras en la cara, en la postura de las mujeres, sentadas muy juntas en una esquina, codo con codo y espalda a la pared. Tuve que hacer una visita a mis compañeros los coyotes y romperles unos cuantos dedos para que fueran más conscientes de lo que andaban tocando o dejando de tocar. Tal vez sea verdad, como dicen, que en el nuevo planeta la sociedad es distinta, que no pasan estas cosas. Pero en este estercolero solo hay un lenguaje que entiendan las bestias.

Comencé a descubrir en los ojos de los Olsen un brillo de agradecimiento, o algo parecido. La pareja de traficantes de hombres de la estación había resultado ser la realización de sus peores temores, unos carceleros lascivos y codiciosos contra los que no podían hacer nada más que pagar el peaje que les diera la gana pedir, agachar la cabeza y confiar en que por lo menos llegaran todos con vida al final del viaje. Así que, desde luego, era normal que prefirieran al malo conocido que al coyote por conocer. Fue la experiencia de amor familiar más bonita que había vivido en años.

Durante las semanas que siguieron llegaron más lanzaderas a la estación, unas con contenido legítimo y otras no tanto. Mi trabajo como empleado de la estación era ayudar en las tareas de acoplamiento y descarga, así que aproveché para hacer acopio de algunas mercancías que se pudieran vender en el otro planeta o a los demás polizones. Siempre es mejor tener algo con lo que comenzar una nueva vida. Escondía las cosas en el contenedor de los Olsen. Le encargué a Gustav que se hiciera cargo del inventario. Era bueno que el hombre estuviera involucrado, ocupado, sintiéndose útil, no fuera a ser que teniendo demasiado tiempo libre le entraran ardores vengativos y acabara comprometiendo la situación.

Empecé a ponerme un poco nervioso. El trasvase del contenedor a la nave principal se retrasaba y la espera se estaba haciendo demasiado larga. Por lo que pude averiguar, se había

planificado el transporte de demasiados contenedores y parecía que para la nave era un cargamento excesivo. La nave interestelar era la mítica Chiron, la primera nave colonial que se construyó, la que hizo el primer viaje cargadita de humanos ansiosos por llegar al paraíso prometido. Iba a ser su cuarto viaje. Era una ancianita venerable, y al parecer, no estaba teniendo muy buena vejez.

No es que el peso extra de los contenedores significara algo comparado con el peso de la propia nave. Los potentes motores iónicos que acelerarían y decelerarían la nave no tendrían ningún problema, por muy vetustos y reutilizados que estuvieran. O eso creía todo el mundo. El problema estaba en el soporte vital. Además de las cubiertas residenciales de la nave, había que mantener todos los contenedores presurizados, con renovación de aire, suministro de agua y temperatura controlada. Al menos los que llevaran algo vivo dentro, o los que se hicieran pasar como tales aunque según los papeles transportaran excavadoras.

Finalmente llegó la orden de ensamblaje. Los peces gordos que tomaban las decisiones se habían pasado por el forro las opiniones técnicas sobre el estado de la nave y se iban a acoplar todos los contenedores. Seguro que abajo en la Tierra había inversores con prisas o políticos deseando vender el inicio de otro viaje interestelar como un éxito. El caso es que de repente a todo el mundo le entró mucha prisa.

Los contenedores fueron desacoplándose de la estación para iniciar el viaje de pocos días hasta la Chiron, que esperaba en una órbita exterior. Luego se acoplarían en su lugar correspondiente en la cara interior del enorme cilindro hueco, como cachorritos amamantados por la gran loba. El cilindro estaría en rotación, para dar un mínimo de gravedad a los viajeros.

Los operarios del muelle de carga recibimos la orden de abandonar la estación rumbo a la Tierra, pero en vez de ir a la lanzadera me dirigí al contenedor de los Olsen, a despedirme y asegurarme de que todo estuviera en orden. Abrí la escotilla exterior y una avalancha de polizones se abalanzó sobre mí. Todos tenían las caras rojas de haber estado llorando y hablaban y gritaban a la vez.

Fue demasiado jaleo, ya sabéis cómo se propagan los sonidos en la estructura de una estación. Intenté que se callaran y se metieran en el contenedor, pero antes de que pudiera cerrar la compuerta aparecieron dos guardias de seguridad.

No tendrían por qué haber estado en esa zona. Seguro que los coyotes de los dedos rotos, recientemente licenciados a la superficie tras su accidente, habían tenido algo que ver con que su ronda los llevara justo a ese contenedor. O eso pensé más tarde, en ese momento no hubo tiempo.

Uno de los guardias era mayor. No pareció muy sorprendido de que las excavadoras que transportaba el contenedor se acabaran de trocar de repente en colonos rubios. «Acabo de ganar una paga extra anticipada», parecieron decir sus ojillos brillantes. Pero el otro era joven, un pipiolo con el uniforme todavía planchado a pesar de la microgravedad. Ése fue el que echó mano del comunicador.

Me bastaron dos disparos en rápida secuencia, con el mismo movimiento de muñeca y aprovechando la rotación del cuerpo al sacar el arma. En algo se tenía que notar el entrenamiento militar. Sin detenerme ordené aún con la pistola en la mano que los polizones se metieran al fondo del contenedor. Esta vez sí que me hicieron caso. Luego cargué los cuerpos de los guardias al interior y los dejé cerrados en un almacén, flotando. Oculté lo mejor que pude los restos de los disparos antes de volver a entrar. Cerré la puerta y activé el sello hermético. Desde dentro.

Todos me miraban con distinto grado de horror en sus rostros. Los Olsen, las demás familias cuyo nombre no me había preocupado en aprender, todos ellos me miraban en silencio y se abrazaban. Entre ellos y yo flotaba una salpicadura de sangre, moviéndose parsimoniosa como una nube al anochecer.

Me puse a hacer cosas para no pensar. Ya habría tiempo. Comprobé el panel de información que había junto a la puerta, no parecía que en la estación se hubieran enterado de lo de los guardias. Con suerte no les echarían de menos, pensarían que se habían marchado en la lanzadera. Lo mismo que pensarían sobre mí. Hice inventario de provisiones y limpié el desastre de la sangre flotando. Si la nave zarpaba antes de que se dieran cuenta de que faltaban dos guardias, el asunto se olvidaría. Encerré los cuerpos en uno de los compartimentos estanco que se podía despresurizar y aislar. Por lo menos que no olieran.

Mientras estaba ocupado con estas tareas mecánicas, ejecutadas con fría precisión profesional, escuché un aviso en el panel del comunicador. Le siguió el crujido de la estructura al desacoplarse de la estación espacial. Se acababa de cortar el cordón umbilical, ya no habría más información ni más suministros. Las luces se atenuaron al activarse el modo de

ahorro de energía. Durante los días que durara el trayecto y hasta que nos acopláramos a la Chiron, estaríamos aislados, subsistiendo con el escaso soporte vital del contenedor, que ahora contaba con un inquilino más. Y uno grande.

Volví hacia la zona común y me encontré con Kristine Olsen. Me estaba esperando, no pude rehuir por más tiempo el enfrentamiento. Yo esperaba que me insultara, que me golpeara, que maldijera el aire que respiraba por ser un asesino. No sé por qué, de ella, de la Mamá Olsen, era de la única que esperaba una reprimenda; la única que se atrevería a enfrentarse al cabrón con pistola con el que habían quedado encerrados en una lata espacial. Pero no me cayó ningún sermón. Su expresión había cambiado, no era la mirada huidiza de alguien que quiere pasar desapercibida, que se muestra sumisa y a merced de los mafiosos que se les había ocurrido contratar para la locura de viaje en la que se habían embarcado. No, ella se daba cuenta de que lo que hice era lo único que se podía hacer. No había otra opción. O disparaba o el viaje terminaba en ese momento. Y aunque juzgara, se lo callaba. Había que hacer lo que había que hacer. Era una superviviente, no hacía falta darle muchas explicaciones.

Me pidió que la acompañara y me contó por qué estaban tan alterados cuando abrí la puerta del contenedor (apenas habían pasado un par de horas desde entonces, pero me pesaban como si fueran varios siglos; el peso de dos inocentes más sobre mi conciencia). El caso es que Mats, el chaval, estaba enfermo. Los últimos días le había subido mucho la fiebre y estaban muy asustados. Otros niños tenían también los mismos síntomas, la fiebre y los temblores. Trataron de salir a la estación para buscarme o encontrar un médico, aún a costa de descubrirse, pero nadie abrió la compuerta que conectaba con la estación espacial. El gesto de reproche en su rostro desapareció tan rápidamente como había aparecido.

Le dije que por el chaval poco se podía hacer, aparte de darle pastillas para bajarle la fiebre y mantenerle fresco. En aquel contenedor no teníamos equipo médico moderno, ni de diagnóstico ni de tratamiento. Tendríamos que subsistir como seres humanos primitivos con las medicinas que ellos llevaran encima. Hasta que nos acopláramos a la nave allí no había nada más que pudiéramos hacer.

No había mucho más que hacer, en general, para todo. Solo se podía esperar. El tiempo pasaba más lento o más rápido dependiendo de si miraba el reloj, que no parecía avanzar mucho, o si me fijaba en los indicadores de aire y energía que, por el contrario, daban la impresión de estar en caída libre. Con tanto tiempo entre manos pude recrear la escena con los

guardias muchas veces, de ver otra vez la cara de sorpresa del joven al recibir el impacto, el fugaz instante de miedo en el otro.

Mi viaje al nuevo planeta se había anticipado, y no lo haría como un marqués en primera clase. Por lo menos hasta que llegáramos a la Chiron, no me quedaba más remedio que estar con el ganado. Luego, con mi identificación como trabajador de la corporación podría moverme por la nave. Allí todo estaba automatizado, el sistema de inteligencia artificial me asignaría un camarote y unas tareas. No era el viaje ideal, pero tampoco estaría tan mal como ellos.

Mientras tanto, los polizones se mantenían alejados de mí. Apenas me miraban o me dirigían la palabra. Me entraban ganas de gritarles que me dijeran que es lo que hubieran preferido que pasara; que me dijeran de verdad que es lo que hubieran preferido que pasara. Al fin y al cabo, para esto habían pagado tantísimo dinero y empeñado sus vidas, ¿no? Para tener un viaje sin problemas. Y cuando se encuentran con un coyote que en vez de entregarlos a la primera dificultad se mancha las manos con la sangre de dos pobres diablos, resulta que no les gusta eso, no señor.

Según pasaba el tiempo el tedio y la preocupación por los niños enfermos se empezaron a transformar en miedo. Llevábamos demasiados días desacoplados y viviendo de las reservas, pero lo peor era que no sabíamos nada de nuestra situación. Desde las aceleraciones iniciales cuando nos separamos de la estación no se había vuelto a sentir ninguna otra fuerza. Podíamos estar tanto en rumbo hacia la nave como orbitando todavía junto a la estación. Todo era posible. Nadie fuera de allí tendría prisa por movernos; para ellos no éramos más que un contenedor lleno de inertes excavadoras.

No se me quitaba de la cabeza la mirada de odio del coyote al que partí los dedos. Gracias a mí se había quedado inútil y sin haber podido practicar sus jueguitos de matón todopoderoso con las mujeres. Si por puro afán vengativo había retrasado el embarque del contenedor, o si había modificado la trampa que nos permitiría conectarnos al sistema de soporte vital de la Chiron, nos podíamos dar por muertos.

Los demás no sabían nada de los rumores que había escuchado en la estación, lo de que la Chiron iba a ir demasiado cargada. Si tuvieran alguna sospecha de lo sería que era la posibilidad de que la nave ya hubiese partido, dejando nuestro contenedor flotando para cuando zarpara el siguiente convoy interestelar, el motín se habría producido mucho antes.

Los polizones empezaron a presentarse ante mí, como si yo fuera responsable de algo, como si yo fuera el capitán de un crucero al que ir a quejarse de la temperatura de la piscina climatizada o de lo aguados que servían los mojitos. Venían en grupos pequeños o uno por uno. Querían saber dónde estábamos, qué estaba pasando. Yo les respondía lo mismo a todos: que no había forma de saberlo. Aquello no era una nave ni una lanzadera. El control de vuelo era completamente autónomo o dirigido desde el exterior. Esto no estaba pensado para llevar gente dentro, y mucho menos gente que quisiera saber dónde estaban. Tener paciencia, era lo único que se podía hacer. Cuando me preguntaban qué harían si nos quedábamos sin aire, les respondía que no se preocuparan por mí, que tenía balas para todos.

Era una bravuconada, claro. Ni tenía balas para todos ni tanta sangre fría. Pero ellos no lo sabían, solo sabían que yo era el malo y que seguro que era muy capaz de eso y de cosas mucho peores. No se daban cuenta de que yo era uno más de ellos, que su destino era también el mío. En el momento en que salté al contenedor dejé de tener ninguna forma de dirigir la situación. Por primera vez en mi vida estaba a merced de las circunstancias, sin poder arreglar las cosas como siempre había hecho, largándome, pateando cabezas o disparando un rifle de asalto.

Solo los Olsen parecían darse cuenta de eso. No es que me trataran como a uno de ellos, pero al menos no me trataban como si fuera uno de los otros, de los coyotes. Seguí jugando a juegos de microgravedad con el chaval, cuando la fiebre le dejaba. También les explicaba cómo era la Chiron, para que fueran imaginándose cómo sería su vida allí. Aunque el contenedor quedara acoplado a una zona de mercancías de la nave, tendrían acceso a comida y a recursos médicos y de ocio. No importaba que estuviéramos aislados de las zonas residenciales, de las cubiertas de pasajeros y de los nichos criogénicos. Una nave como la Chiron estaba preparada para hacer viajes que duraran una generación, todo estaba automatizado y robotizado. Los suministros estaban tan sobredimensionados que el aumento de población causado por los polizones apenas se notaba en un viaje de unos cuantos años.

Pero pasaron más días y la cosa se volvió crítica. Empecé a estar seguro de que nos habían dejado allí, olvidados en órbita. Me forzaba en pensar que a los capos de la organización que me pagaba no les interesaba que el contenedor no llegara a la nave. Al final esto era un negocio, ¿no? Había que mostrar resultados. Pero el problema era que ya habían cobrado todo lo cobrable, así que podían dar el negocio por ventilado y dejarnos a nosotros flotando en el espacio. Ya contarían alguna milonga a los familiares en la Tierra cuando no

recibieran ningún mensaje desde la nave durante los siguientes meses. Eso en el caso de que quisieran dar explicaciones, que tampoco la transparencia era parte de su filosofía de negocio, precisamente. Muchos años después nos acoplaríamos a otra nave interestelar y llegaríamos por fin al destino. Cuando abrieran el contenedor esperando un cargamento de excavadoras anticuadas se iban a llevar una buena sorpresa.

Según se iban poniendo más nerviosos, los polizones me honraban cada vez más con visitas a mi pequeño cubil. La culpa de su penosa situación era de los mafiosos que les habían estafado, y yo era parte de ellos. Seguro que tenía escondida una máscara de oxígeno o algún artilugio para sobrevivir y escapar una vez hubieran muerto todos, me decían. Era más fácil gritarme a mí, tratar de golpearme y arrebatarme el arma que maldecirse a ellos mismos por habérselo jugado todo en esta ruleta fatal.

Venían a mí como torpes ballenatos flotando en el aire. En general bastaba un ligero golpecito para mandarles al otro extremo del contenedor dando vueltas como peonzas, aunque algún mamporro tuve que dar, para tranquilizar ánimos. En fin, que aunque me había jubilado de la organización, seguía con el servicio de atención al cliente.

Luego se fue la luz. Vaya espectáculo que se montó, todos gritando y aporreando las paredes del contenedor. Estaban convencidos de que iban a morir, así que iban a dedicar los últimos minutos de su vida masacrando al símbolo en el que concentraban todo su odio al sistema, su frustración contra la sociedad elitista y corrupta que los había obligado a abandonar su mundo y a embarcarse rumbo a una utopía que los condenaba a morir lejos de todo, flotando en la oscuridad. Me buscaron para patearme y, de haberme encontrado, no dudo que me hubieran matado en ese momento. No me habría ni defendido, merecía cada uno de los golpes que me dieran.

Tuvieron suerte, los polizones, de que me hubiera acurrucado flotando en una esquina a llorar y a esperar el final de mi heroica vida. También tuvieron suerte de que Katerine me encontrara con la linterna antes que los demás. Me arrastró como a un globo, lanzándome dentro del compartimento de los Olsen. Tuvieron suerte, digo, porque enseguida se notó una fuerte aceleración que mandó a más de uno contra las paredes. El contenedor había empezado a maniobrar para acoplarse a la nave.

Los tonos de los gritos cambiaron. La oscuridad se llenó de cánticos de alegría hasta que ordené que buscaran sus literas y se inmovilizaran lo mejor que pudieran. Todos hicieron caso, obedientes. Hasta yo me sorprendí.

Unas horas después la maniobra se completó. La compuerta había quedado ensamblada a la cara interior de la nave y se conectó a la red de soporte vital de la Chiron. La luz volvió y el aire empezó a renovarse. Parecía que los que habían recibido los sobornos habían cumplido su parte del trato: a pesar de su carga supuestamente inerte, el contenedor era identificado por la inteligencia artificial de la Chiron como un habitáculo que necesitaba aire, energía y saneamientos.

El acoplamiento tuvo otro efecto secundario: volvíamos a tener gravedad, o algo parecido. La rotación del cilindro de la nave no era tan rápida como para generar una gravedad como la de la Tierra, más bien era como la de una pequeña luna, pero por lo menos volvíamos a tener un arriba y un abajo.

Todos andaban como patos borrachos, desorientados por la gravedad y por el exceso de oxígeno del nuevo aire que manaba de las rejillas de ventilación. El olor de decenas de vómitos saturó el ambiente.

Abrí la compuerta, que ahora estaba en el suelo, tras comprobar que había presión al otro lado. Un conducto tubular descendía unos metros hasta otra compuerta, atravesando el casco de la nave. Cuando empecé a descender el pasadizo se iluminó con una luz blanca cegadora. Activé la apertura automática, esperando que no funcionara, que estuviera sellada o atascada, que no hubiera aire al otro lado, o qué sé yo, cualquier otra calamidad que pudiera suceder. Pero esta vez hubo suerte, la compuerta se abrió sin más. Terminé de bajar por una escalerilla en la pared a un pasillo, pisando por primera vez el suelo de la Chiron.

Mi excursión dentro de la lata había terminado. Ahora continuaría por el pasillo hasta las cubiertas residenciales y esperaría que la nave me identificara y se hiciera cargo de mí.

Pero no conté con los vecinos. A lo largo del pasillo, que corría paralelo al eje del cilindro hueco que era la nave, había acoplados unos cuantos contenedores como el nuestro. En vez de llevar su carga establecida habían traído también a bordo de la Chiron otro cargamento de ilusionados aspirantes a colono. Y ellos habían llegado antes.

El recibimiento fue de los buenos. Estaba claro que no querían más competencia por los recursos de la nave, más bocas que alimentar en los comedores automatizados. Quizás querían demostrar su hegemonía sobre este sector del pasillo de la nave o esclavizar a las mujeres. Da igual, el caso es que los vecinos se transformaron de repente en piratas asesinos.

Atacaron como una jauría de hienas a un rebaño de ovejas, sin mucho orden pero con una determinación letal. No amenazaron ni nos conminaron a rendirnos; solo atacaron. Era

evidente que querían aprovechar la ventaja táctica que les daba la confusión por el reciente acoplamiento. Sin habernos acostumbrado a la gravedad y sufriendo los mareos y el desconcierto de llegar a un entorno desconocido, los recién llegados seríamos presa fácil. Los asaltantes querían conseguir una victoria rápida y contundente. No era mal plan, no digo yo que no; seguro que otras veces les había salido bien.

Por eso tuvieron tanta suerte estos desagradecidos de no haberse cargado al único polizón armado y con entrenamiento de fuerzas especiales que había por allí. Me quedaba un último trabajito en el sector de la atención al cliente antes de poder marcharme.

El furor de la batalla y los gritos de los primeros muertos despertó mis instintos de soldado. Gasté la munición que me quedaba derribando asaltantes armados con machetes improvisados. Después subí por la trampilla hacia el contenedor para acabar con sus propias armas con los que habían conseguido trepar por allí.

Caminando entre cuerpos y resbalando en la sangre busqué a los Olsen. Los encontré acurrucados, hechos un ovillo, unidos como siempre. Iba a ir con ellos cuando Katerine gritó, justo antes de que un tajo de acero helado me abriera las tripas. Me revolví y acabé con el intruso, todavía no sé cómo. Luego me quedé sin fuerzas, desangrándome, y no pude moverme más.

Habíamos parado el ataque, pero la historia no podía terminar ahí. No hacía falta que se lo dijera. Katerine y Gustav recogieron las armas de los asaltantes y las repartieron entre los demás. Salieron hacia los otros contenedores, a asegurarse la hegemonía de ese sector de pasillo, en la nave que los llevaría a un maravilloso y utópico nuevo mundo. El cielo se toma por asalto, dijo alguien alguna vez.

Yo me quedé tendido en el suelo. Me acompañan Mats y Frida, los niños Olsen que están grabando mi relato. Dicen que es lo que tienen que hacer los héroes, para que así la historia de sus hazañas perviva para siempre. Se les escapa alguna lagrimita, son buenos chicos. Aunque sé que se han endurecido lo suficiente como para aguantar el viaje, siguen siendo unos sentimentales. Eso está bien, una cosa no puede quitar la otra.

Ya os he contado todo lo que sé sobre cómo es esta nave y cómo funcionan las cosas. Os esperan años de viaje dentro de esta cafetera enorme. Exploradla y aprovechar sus recursos. No será fácil, pero lo conseguiréis.

No os olvidéis de quiénes sois, aunque para llegar vivos hasta el final tengáis que convertirlos en otra cosa, en algo como yo. De mí os podéis olvidar. No soy más que un bruto

desalmado que siempre busca el camino fácil. No soy un héroe, solo un niño perdido que buscaba a su familia. Y ya la ha encontrado.

Juan Luis Muñoz Villar (47)

Es madrileño afincado en Bilbao desde hace 20 años. Doctor en Ciencias Físicas, se dedica profesionalmente a cuestiones tecnológicas relacionadas con aceleradores de partículas. Escribe y participa en talleres y en concursos con regularidad. En la antología Visonos 2017 de la AEFCFT aceptaron el relato "Luz en la oscuridad". Tiene terminada una colección de relatos, que espera se publique este año, en ellos explora algunos aspectos de la influencia de tecnologías avanzadas, no muy distintas de las que tenemos ahora, sobre la sociedad. En estos momentos trabaja en una novela corta sobre temas similares. Aunque por querencia profesional tienda a la ciencia ficción más técnica, suele escribir también en clave de terror o ficción sobre temas sociales.

Salto de fe

Pablo Sorribes Bonet

El planeta Tierra se alza majestuoso en la inmensidad del espacio ante mis pequeños ojos negros. Jamás había visto tanto azul en mi vida, extendiendo mi brazo y siento casi como si pudiera alcanzarlo. Pronto estaré allí, y podré comenzar una nueva vida entre los terráqueos. Pero de momento sigo atrapado en este diminuto asteroide que orbita alrededor de la Tierra, rodeado de compañeros centauris que también sueñan con escapar de la miseria de Próxibe. Me giro y los observo, seremos unos veinte, no hay espacio para más en este diminuto trozo de roca. Aunque a mi alrededor veo más asteroides llenos de centauris. Todos están cabizbajos, con la mirada perdida y las antenas caídas. Todos han perdido algo por el camino. De vez en cuando uno se anima y salta con fuerza para escapar del campo gravitatorio del asteroide y salir despedido hacia la Tierra como una lenta nave espacial. Es la etapa final del viaje y yo también debería saltar. Cierro los ojos y me preparo mentalmente, el salto es aterrador, pero ahora no puedo echarme atrás. En completo silencio recuerdo como he llegado hasta aquí.

Nací en un pequeño asentamiento minero de Próxibe, o como lo llaman los terráqueos, Próxima Centauri B. Era un lugar pequeño, tan solo había trece clanes, yo pertenecía al clan Hele. Padre me nombró Hele-Kalani. El clan era muy modesto, cuatro hermanos de los cuales yo era el segundo más pequeño. Antes éramos más, pero algunos murieron en las minas, unos en un desprendimiento, otros por aspirar gases venenosos y uno de agotamiento. Padre fue el hombre más trabajador que jamás hubo en mi asentamiento, el primero en entrar en la mina y el último en salir. Sin embargo, por mucho que trabajara nuestro clan era el más pobre, apenas podíamos comprar comida y medicinas para mi hermano mayor, Hele-Hiyuru que se había puesto enfermo por aspirar vapores venenosos en la mina. Un día Padre nos dio una noticia inesperada. A lo largo de los años había ido ahorrando todo el dinero que ganaba para poder enviarnos a la Tierra, donde, según él, los centauris podían escapar de su miseria y vivir sin matarse a trabajar o padecer hambre o enfermedades.

En nuestro asentamiento, si alguien quería escapar a la Tierra, tenía que hablar con Coru-Patay, el jefe del clan más poderoso. Coru-Patay era probablemente el centauri más rico

que existía, conocía a todos los capataces terráqueos y comía en la misma mesa que ellos. Todos los clanes le tenían miedo y respeto a partes iguales, decían que no era limpio. Coru-Patay aceptó nuestro dinero, pero dijo que no alcanzaba para ayudar a los cuatro hermanos. Primero Padre montó en cólera y luego le suplicó, pero Coru-Patay fue inflexible. Mi hermano más mayor, decidió que no iría. Padre protestó, pero mi hermano insistió, pronto mi hermano pequeño, Hele-Malchik tendría edad suficiente para trabajar, y todos queríamos ahorrarle ese sufrimiento. Hele-Hiyuru se ofreció a ocupar su sitio y quedarse en Próxibe. Pero como he dicho estaba enfermo, y Padre tenía la esperanza de que en la tierra le podrían curar. En la Tierra todo era posible. Por lo tanto, partiríamos los tres hermanos menores.

No nos fuimos enseguida. Coru-Patay nos dijo que teníamos que esperar a que llegara la nave. Que en cualquier momento podía aparecer y teníamos que estar listos para marcharnos con nuestras cosas. Eso no era ningún problema, no teníamos nada que llevarnos. Días más tarde, al volver de la mina, nos encontramos con Coru-Patay, nos dijo que el momento había llegado y que nos debíamos marcharnos. No tuvimos tiempo de despedirnos.

Yo creía que subiríamos en una nave espacial que nos llevaría directamente a la Tierra, pero no era así. Nuestro transporte era una furgoneta todoterreno normal y corriente, solo que estaba llena de centauris. Nunca había visto a tantos amontonados en un espacio tan pequeño. Coru-Patay nos dijo que entráramos como pudiéramos. Esa furgoneta nos llevaría hasta la ciudad más grande del planeta: Nueva Sichuán. Una vez allí, una nave de verdad nos llevaría a la Tierra. Mi hermano y yo nos quejamos, Hele-Hiyuru estaba demasiado enfermo y no podría aguantar todo el viaje. Pero Hele-Hiyuru insistió en que estaría bien y nos tranquilizó. Yo sabía que no lo conseguiría. ¿Pero qué podía hacer? Esa furgoneta era nuestra única oportunidad de viajar hasta la Tierra. Así que entré con la vana esperanza de que había una posibilidad de que Hele-Hiyuru sobreviviera al viaje y pudiera llegar a la Tierra, donde los médicos terráqueos se ocuparían de él.

Solo podíamos estar de pie, atrapados en un mar de tórax, hombros y garras. No sabría decir durante cuanto tiempo estuvimos viajando pero fueron por lo menos diez días seguidas sin parar. Cuando estaba demasiado cansado me dormía de pie, aunque solo tenía sueños cortos e intranquilos y no descansaba bien. Al final estaba siempre exhausto, demasiado incómodo para dormir, demasiado dormido para estar despierto. No perdía a Hele-Hiyuru de vista. A partir del tercer día empeoró. No paraba de tiritar, su piel amarillenta se volvió gris. A veces intentaba hablarle pero le costaba mantener la atención.

Solo paramos tres veces. Las dos primeras fueron para que entraran en la furgoneta más centauris. Yo no me podía mover, si hubiéramos sido terráqueos nos hubiéramos asfixiado. La falta de espacio hizo que Here-Hiyuru empeorara incluso más. La tercera vez que paramos fue

para enterrar del cadáver de mi hermano. Falleció poco antes de llegar a Nueva Sichuán. Mi hermano lloró el resto del viaje.

Finalmente llegamos a Nueva Sichuán. Recuerdo que algunos de los centauris de la furgoneta ya habían estado antes allí. Decían que desde la colina se podía ver entera y se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Era tan amplia como los legendarios océanos terrestres. Además era diferente a cualquier otro lugar de Próxibe, Los edificios se alzaban hasta tocar el cielo, por las calles circulaban coches y aerodeslizadores a toda velocidad y, lo que era más sorprendente, los centauris y los terráqueos convivían en aparente armonía. Por desgracia no pude ver la ciudad tan a fondo como hubiera querido, nos llevaron a un almacén a las afueras, cerca de las plataformas donde entraban y salían las naves que hacían el recorrido entre Próxibe y la Tierra. En el almacén había cientos de nosotros. Clanes enteros que habían dado todo lo que tenían para pagar un pasaje a la tierra de los nuevos comienzos. El centauri que parecía encargarse del almacén nos dijo que debíamos esperar hasta que llegara la nave que nos tenía que transportaría a la Tierra. Aproveché los siguientes días para explorar el almacén junto con mi hermano y hablar con los demás centauris. Todos contaban historias parecidas, trabajaban en minas de titanio, aluminio o cinc hasta que podían pagar a algún jefe de clan con recursos para que los metiera en una furgoneta a Nueva Sichuán, conocí a un clan que venía de Terminador, la zona más inhóspita del planeta, y llevaban meses en el almacén. Unos centauris vigilaban la entrada al almacén, hacían guardias y de vez en cuando traían comida que vendían a los pocos que todavía conservaban algo de dinero. Algunos de los emigrantes se escapaban para ir a robar comida. Hele-Malchik y yo pasamos mucha hambre. Quería escaparme para buscar comida, pero tenía miedo de perderme en la gran ciudad, además, no quería llevarme a mi hermano conmigo, pero tampoco dejarlo solo en el almacén. Por suerte, un día al despertar, me encontré con que Hele-Malchik tenía alimentos y agua. Había trabado amistad con dos centauris que habían salido la noche anterior y le habían ofrecido un poco de comida. Fue nuestra última comida en Próxibe, esos dos centauris salieron otra vez a por comida y jamás volvieron. Afortunadamente, tan solo pasaron un par de días hasta que llegó la nave.

Durante todo el periodo que pasé en el almacén aprendí gracias al resto de centauris que todo era un negocio, las mafias de Nueva Sichuán mandaban furgonetas para que recorrieran todo Próxibe y recogieran a los emigrantes. La gente como Coru-Patay se enriquecía haciendo de intermediaria. Les pedían auténticas fortunas a los centauris como mi padre porque sabían que las pagarían. Era todo un negocio. Pero a mi me daba igual, estaba decidido a llegar a la Tierra aunque tuviera que ir a pie.

Un día nos avisaron de que al día siguiente por fin llegaría la nave que nos llevaría a la Tierra, esa noche no pude dormir. Condujeron la nave hasta el almacén. El conductor era terráqueo, se dedicaba a llevar maquinaria pesada de la Tierra a Próxibe y luego regresar con la nave cargada de litio. Pero además se ganaba un sobresueldo llevando a emigrantes como nosotros escondidos entre la carga. Nos hicieron formar una línea y entramos de uno en uno. Nos colocábamos donde podíamos, entre los enormes containers con la mercancía. Cuando todavía quedábamos un tercio por subir era evidente que no íbamos a caber. El conductor y el encargado del almacén discutieron, el encargado le sugirió que un grupo de centauris viajaran con él en la cabina, pero el conductor se negó. Al final llegaron a una solución: entre algunos huecos del motor y de la maquinaria interna de la nave se podían colar los centauris más pequeños. A mi hermano lo metieron en un hueco bajo los motores warp junto con ocho o nueve centauris también muy jóvenes. Yo me ofrecí a ir con ellos, pero era demasiado grande así que me llevaron a la zona de los containers, junto con la mayoría de nosotros.

El viaje fue bastante corto, era una nave de última generación capaz de recorrer un pársec en unas diez horas aproximadamente. Lo peor fue el momento en el que la nave dio el salto interestelar, la cabina estaba acondicionada para los efectos del salto en el cuerpo, pero nosotros viajábamos con la carga. Se me revolvieron todos los estómagos y me mareé, sentía náuseas y habría vomitado si no fuera porque llevaba días sin comer, algunos si que lo hicieron. Por lo demás, el viaje fue bastante tranquilo, permanecemos en silencio todo el rato, para la mayoría de los presentes, yo incluido, era el primer viaje en una nave espacial, y muchos tenían miedo de que pudiera estrellarse con algún asteroide. Pero no hubo incidentes y pudimos llegar al sistema solar sanos y salvos.

Cuando llegamos volví a sentir náuseas al salir del espacio de curvatura.

Sin embargo, la nave no nos llevó a la Tierra. Paramos en un asteroide del cinturón terráqueo, yo suponía que la nave tendría que repostar antes de aterrizar en el planeta, pero el conductor nos hizo salir.

El piloto abrió el compartimento del motor warp, una nube de humo negro y un fuerte olor a quemado surgió de dentro y el piloto exclamó algo en terráqueo. Se formó un corrillo de centauris alrededor. Un centauro comenzó a llorar desconsoladamente, me acerqué para ver que pasaba. Entre los engranajes del motor warp, donde se habían metido los centauris más jóvenes, incluido mi hermano, Hele-Malchik, solo quedaban sus cadáveres carbonizados. Durante el salto interestelar el motor se había sobrecalentado, el compartimento solo se podía abrir desde fuera, los jóvenes centauris se habían cocido vivos literalmente. Reconocí la figura de mi hermano, estaba negro como el carbón y despedía volutas de humo.

Entonces caí de rodillas y lloré. No lloré cuando dejé atrás a Padre y a mi hermano mayor. No lloré cuando Hele-Hiyuru murió enfermo y fue enterrado en mitad de la nada. Pero cuando vi a Hele-Malchik sí lloré, por él, y por los demás. Por mis hermanos, por los demás centauris que viajaban en aquella trampa mortal, por los dos centauris que habían desaparecido en Nueva Sichuán y, finalmente, también lloré por mi mismo. Un centauri me levantó, me dijo algo que no recuerdo y me llevó junto al resto.

Poco a poco me tranquilicé, todos los centauris estábamos reunidos fuera de la nave, sobre un asteroide. Estábamos esperando a que el piloto se pusiera un traje espacial y saliera a explicarnos que pasaba y cuando llegaríamos a la Tierra. Los terráqueos no pueden almacenar oxígeno o agua de la forma que lo hacemos los terráqueos, además tampoco soportan el frío del espacio, así que necesitan trajes espaciales cuando están fuera de sus naves.

Finalmente el piloto apareció y gritó algo en terráqueo. Unos pocos centauris alzaron la mano, hizo una seña al que tenía más cerca para que se acercara. El conductor comenzó a hablar en su idioma y de vez en cuando paraba para que el centauri tradujera lo que decía. No podía llevarnos hasta la Tierra. Los terráqueos no querían inmigrantes centauris, habían construido un escudo alrededor de todo el planeta, una especie de burbuja. Cuando una nave lo traspasaba, el escudo era capaz de detectar si dentro había ADN centauri, de ser así enviaba un pulso electromagnético que paralizaba la nave y avisaba a una torre de control para que enviaran una nave policial. Bastaría con que hubiera tan solo un centauri para que lo detectaran. Por eso no nos podía llevar hasta la Tierra. Pero aun no estaba todo perdido.

El escudo lo producían unos asteroides artificiales, pero en las zonas del escudo más alejadas a los asteroides el pulso electromagnético era más débil. Seguía siendo lo bastante fuerte como para apagar los delicados sistemas de una nave interestelar, sin embargo los centauris habían descubierto que aquellos que eran más jóvenes y estaban en mejor forma eran capaces de soportar la descarga. Cuando el anterior satélite natural que tenía la Tierra fue destruido se convirtió en un cinturón de asteroides diminutos alrededor del planeta. Los centauris iban saltando entre los asteroides hasta acercarse al punto débil del escudo, entonces saltaban y dejaban que la inercia les llevara hasta él.

Tenían que traspasar el punto exacto para poder sobrevivir a la descarga, y no podían saltar con demasiada fuerza, o podrían verse atrapados por la gravedad y precipitarse contra la Tierra. Si lograban hacerlo bien quedarían flotando ingravidos cerca de la órbita terrestre, el sistema del escudo avisaría de que un centauri había intentado pasar y las autoridades acudirían a él. Pero el centauri ya habría traspasado el escudo y estaría en territorio terrestre, se le tendrían que aplicar las leyes de inmigración terráqueas y sería llevado a un centro de

inmigración en la superficie terrestre, a partir de ahí sería fácil quedarse en el planeta. Tan solo había que pasar el escudo.

El conductor nos explicó todo esto, después subió a su nave y desapareció en su viaje a la Tierra. Estábamos demasiado lejos del planeta, saltábamos de un asteroide a otro para acercarnos poco a poco. Los asteroides eran pequeños y no tenían campo gravitatorio, pero a menudo estaban demasiado lejos entre sí. Algunos centauros calculaban mal los saltos, pasaban por arriba o por el lado del asteroide al que se dirigían y cuando se daban cuenta de que no podían cogerse a él, empezaban a patallar en vano, al final pasaban de largo y se perdían en la inmensidad del espacio. Cuanto más nos acercábamos a la Tierra más centauros veíamos, habían venido escondidos en otras naves y también buscaban el punto débil del escudo. Finalmente llegué a un grupo de asteroides desde los cuales los centauros saltaban directamente al planeta. Me pasé un buen rato observándolos, preparándome para el gran salto. Fue en este momento cuando me di cuenta de lo cerca que estaba de mi meta, el planeta Tierra se alzaba ante mi y yo casi podía tocarlo. Estaba tan solo a un salto.

Abro los ojos.

Vuelvo a pensar en mi planeta, en mi hermano que se ha quedado con mi padre y que mantendrá vivo el clan; él continuará trabajando en las minas, se sacrificó, se quedó en Próxibe para que los demás pudiéramos escapar, pudiéramos dejarlo atrás y no volver nunca más. Pienso en mi otro hermano, en su cuerpo tirado en medio de la nada, en el camino que cada día recorren cientos de caravanas que llevan a cientos de emigrantes que dejan atrás todo lo que poseen para perseguir su segunda vida en un pequeño planeta en una estrella lejana, pienso en el largo camino que recorre la comunidad centauri y que continuará recorriendo mientras Próxibe siga siendo el cementerio que es. Pienso en mi tercer hermano, su pasaje a la Tierra fue una trampa mortal y ya no podrá ver la belleza del planeta azul, los verdes bosques, o las ciudades llenas de terráqueos felices, terráqueos que sonrían porque en la Tierra tienen todo lo que necesitan, porque lo que en Próxibe es pobreza, en la Tierra es prosperidad.

Pienso en todo esto y salto.

Me doy impulso y salgo del débil campo gravitatorio del asteroide. Vuelo en línea recta a través del vacío espacial hacia la Tierra. Intento no pensar en todo lo que podría salir mal, podría alejarme demasiado del punto débil y caer en una zona donde la descarga me fría por completo, e incluso si caigo donde toca, no hay ninguna garantía de que vaya a sobrevivir. Podría haber saltado con demasiada fuerza y al pasar el escudo podría acabar cayendo sobre la Tierra como si fuera un meteorito, puede que hasta consiga pasar pero que algo vaya mal y nadie venga a por mi y que me quede flotando a cientos de kilómetros de la superficie hasta que se acaben mis reservas internas de oxígeno y me asfixie. Podrían salir mal mil cosas, pero

ahora ya no hay nada que puede hacer, solo me queda confiar en que podré pasar el escudo, me recogerán y empezaré una nueva vida como inmigrante centauri en la Tierra. Eso me digo para tranquilizarme, pero conforme me acerco cada vez estoy más nervioso.

Ahora puedo ver bien el escudo, desde lejos no parece que haya nada, pero se trata de una especie de membrana transparente. De cerca se puede apreciar como la luz del sol se refleja en ella. Me falta poco para llegar. A unos veinte metros a mi derecha, un centauri está a punto de pasar al otro lado, observo con atención lo que ocurre. El escudo no parece ser sólido, el cuerpo del centauri lo atraviesa como si fuera una pantalla de humo. Pero cuando ya tiene medio cuerpo dentro un rayo recorre el escudo y castiga al centauri, él, sin embargo, no se detiene. Continúa atravesando el escudo mientras patalea intentando protegerse de las descargas eléctricas. Su boca se abre de par en par, pero no puedo oírle gritar. Cuando consigue pasar del todo deja de moverse, creo que está muerto.

Ahora es mi turno. Estoy a escasos metros de la superficie del escudo y ya no hay forma de detenerme ni volver a atrás. Siento el impulso de extender el brazo y tocar el escudo, mi garra lo atraviesa como si fuera una superficie líquida. Siento una especie de cosquilleo, como cuando se te duerme una extremidad. Cuando mi cabeza va a pasar cierro los ojos con fuerza. Cuando los vuelvo a abrir ya tengo medio tórax dentro, y entonces siento la descarga. Cientos de agujas se me clavan a la vez por todo el cuerpo, me retuerzo de dolor e intento gritar. Mi vista se empieza a nublar y todo se vuelve negro. En medio de la agonía los segundos se vuelven interminables, dejo de saber dónde está mi cabeza y dónde mis pies, me pierdo en la oscuridad y lo único que puedo sentir es una corriente de dolor que me sacude hasta perder la consciencia.

Me despierto, todo mi cuerpo está entumecido, me cuesta pensar con claridad. Miro a mi alrededor, todo está borroso, pero puedo apreciar que el escudo se encuentra detrás de mí. Lo he conseguido, he pasado. Sonrío y vuelvo a desmayarme.

Entreabro los ojos, veo como una nave se dirige hacia mí. De ella sale un terráqueo enfundado en un traje espacial, me coge y me lleva hacia la nave. Me gustaría poder moverme, pero me siento muy débil y el cuerpo no me responde. Ahora ya está hecho, voy a llegar a la Tierra. Vuelvo a dormirme y sueño con el planeta azul.

Me despierto por tercera vez, esta vez me siento despejado. Todavía me duele todo, pero al menos puedo moverme. Estoy tumbado en el suelo, hay varios centauris a mi alrededor. Estamos dentro de la nave que me ha recogido antes, una reja nos separa de la cabina donde están conduciendo dos pilotos terráqueos. Me pongo de pie tan rápido como mi maltrecho cuerpo me lo permite y pregunto a los demás:

—¿Nos llevan a la Tierra?

En vez de responderme rehuyen mi mirada. Me doy cuenta de que todos tienen un aspecto abatido, evitan establecer contacto visual entre ellos.



—Nos llevan a la Tierra, ¿no? —vuelvo a preguntar, pero es como si no me oyeran—.
¿Por qué no me respondéis? ¿Esta nave nos lleva a la Tierra? ¡Tienen que llevarnos a la Tierra!

Uno de los pilotos grita algo en terráqueo desde la cabina.

—No nos llevan a la Tierra. —Me contesta alguien en voz baja.

—¿Cómo que no? —no doy crédito a lo que escucho— ¡hemos pasado el escudo!
¡Estamos dentro, tienen que atendernos!

—Baja la voz. —Me respondió—. Nos van a volver a dejar al otro lado del escudo.
Somos inmigrantes ilegales, no pueden dejarnos pasar.

—¡No! ¡Eso no puede ser! Ya estamos dentro, no pueden echarnos, nos tienen que
aplicar las leyes terráqueas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó un centauro que hasta entonces estaba apartado en un
rincón.

—Hele-Kalani.

—Escucha Hele-Kalani, mi nombre es Kibu-Kenob. Esta es la tercera vez que paso el
escudo y te aseguro que siempre ocurre lo mismo: nos cogen nada más hemos pasado, nos
devuelven fuera y nadie se entera de que alguna vez estuvimos en este lado del escudo. Los
terráqueos duermen felices y nosotros nos morimos lentamente en el cinturón de asteroides.

—¡Pero no pueden hacer eso! ¡Hay cientos de centauros ahí fuera! ¡No pueden dejarlos
así!

—¡Claro que pueden! Los terráqueos quieren que seamos invisibles. Ellos viven una
vida de lujos dentro de su burbuja y no quieren tener cerca unos bichos como nosotros que les
enseñen la cara fea del universo Y si para ello cientos de centauros se tienen que morir
intentando pasar su bonito escudo, pues se mueren y punto.

El piloto gritó algo en su idioma, parecía enfadado.

—Dice que dejéis de armar jaleo —tradujo un centauro—. Será mejor que le hagáis
caso, podrían enfadarse.

—Pero...

Todos me están mirando, me callo y me voy a un rincón. La nave se para.

—¿Ahora que ocurre? —pregunto.

—Deben de haber encontrado a otro.

El copiloto se pone el traje espacial y sale fuera. Al cabo de un rato vuelve con un
centauro que apenas puede ponerse en pie. Abre la puerta de reja y lo deja caer dentro junto
con el resto de nosotros. El recién llegado saluda a un centauro con un murmullo, ya se
conocen, seguro que no es la primera vez que salta. Yo ya tengo una idea llegar a la Tierra.

—Ha abierto la puerta para meterlo aquí —digo—. La próxima vez que recoja a un
centauro podemos abalanzarnos sobre él cuando abra la puerta y hacernos con el control de la
nave y llevarla a la Tierra.

Todos me miran, sus caras muestran su incredulidad, piensan que estoy loco, pero
seguro que algunos están considerando la idea.

—Tienen pistolas de plasma —apunta uno.

—Somos muchos y ellos son dos. No pueden dispararnos a todos. Si actuamos con rapidez no tendrán tiempo ni de sacarlas.

Varios centaurs empiezan a murmurar, se están planteando la posibilidad de que mi plan pueda funcionar.

—¿Tú sabes pilotar una nave? —me pregunta Kibu-Kenob— porque no creo que nadie de aquí sepa.

Todos se quedan callados, vuelven a tener dudas.

—¡Podemos quitarles las pistolas y obligarlos a aterrizar en la Tierra!

—¡Es una locura!

La nave vuelve a detenerse. Mientras el copiloto se pone el traje, yo vuelvo a esgrimir mis argumentos.

—Si no actuamos ahora nos llevarán al otro lado y tendremos que volver a empezar de cero. ¿Cuántas veces creéis que podréis pasar por el escudo antes de que un calambrazo os fría por completo? ¡Tenemos que aprovechar la oportunidad!

—Yo estoy con él. —Dice un centauri bastante joven que se sitúa a mi lado.

Poco a poco, otros dos se acercan a mi, aunque la mayoría se apartan. Mientras, el copiloto ha salido a por el centauri.

—Muy bien —digo— estad preparados, cuando abra la puerta saltaremos sobre él.

—¡Ni se te ocurra! —Me advierte Kibu-Kenob.

Pero para sorpresa de todos, el copiloto vuelve solo. Intercambia unas breves palabras con el piloto y continuamos nuestro camino.

—¿Por qué no lo ha traído? —pregunta uno de los que se han unido a mi.

—Le ha dicho al piloto que estaba muerto.

Todos nos quedamos en silencio.

—Puede que pasar por el escudo una y otra vez sea arriesgado —dice Ibuk-Kenob— pero intentar hacernos con la nave es una muerte segura. No sabemos pilotarla, y ellos tienen armas.

—¡Callad un momento! —soltó un centauri que estaba escuchando la conversación entre los dos terráqueos—. Están diciendo que van a recoger a un centauri más y luego nos devolverán al espacio.

—¡Solo tenemos una oportunidad! —exclamé— ¡Tenemos que intentarlo!

—¡No! —contestó Kibu-Kenob— acabas de llegar aquí por primera vez. No sabes como funciona todo esto. Es mejor que nos devuelvan y luego volver a intentar pasar el escudo.

—Haremos una cosa —dije— que se pongan junto a mi los que estén de acuerdo conmigo, y junto a Kibu-Kenob los que estén en contra. Y haremos lo que decida la mayoría.

Unos pocos vinieron junto a mi, y otros junto a Kibu-Kenob; pero la mayoría se quedaron en el medio, mirándose entre ellos, sin saber que decidir. Estaban asustados, no querían volver fuera, pero le tenían demasiado miedo a los terráneos. Yo también tenía miedo. Pero había sacrificado demasiado como para ahora volver atrás y entrar en un bucle como en el que se había metido Kibu-Kenob, en el que pasaba el escudo solo para que me llevaran fuera y tuviera que volver a pasarlo una y otra vez hasta que un día no lo lograra.

La nave se para. Van a recoger al último centauri. Tengo que convencerlos de mi plan, y rápido:

—Puede que sea un plan suicida, pero es lo mejor que tenemos. También era suicida pasar por el escudo, y todos los que estamos aquí lo hemos conseguido. Cuando estábamos en nuestros hogares nos parecía imposible llegar a la Tierra. Pero hemos llegado. Ya casi estamos. Solo nos queda dar el último paso, un último paso y esta noche podremos dormir en una cama terránea. ¡Tenemos que intentarlo!

Dos centauris vienen a mi lado. Uno de los centauris que quedan en el medio se sorprende al ver como su compañero se acerca a mi:

—¡Daiu-Tereo!

—Él tiene razón —le contesta el tal Daiu-Tereo— es lo único que podemos hacer si queremos sobrevivir. Podemos obligar a esos dos terráneos a que nos lleven a la superficie.

Mientras habla, el copiloto se ha puesto el traje espacial y sale fuera.

—¿De verdad creéis que podéis con ellos? —contesta Ibuk-Kenob— ¿Acaso podíais con ellos cuando trabajabais en las minas? Yo trabajé durante años en una mina de aluminio cerca de Nueva Chennai. Había capataces terráneos que nos maltrataban constantemente. ¿Alguna vez nos rebelamos? No, porque sabíamos que son los terráneos quienes controlan el universo. Y si alguien va contra ellos acaba mal.

Podemos morir hoy, en esta nave, o podemos vivir para mañana volver a intentarlo.

Unos centauris fueron en silencio junto a él. Nuestros dos grupos estaban igualados. Y solo quedaban tres centauris en el centro.

El terráneo vuelve a la nave, junto a él va un centauri. Todos nos miramos nerviosos.

Yo doy un paso hacia los tres centauris indecisos y les ruego que confíen en mi.

Me miran indecisos a mi y a Kibu-Kenob. El copiloto se acerca a la reja. Los centauris siguen sin decidirse. El copiloto pasa una tarjeta por el lector y un pitido indica que la puerta se puede abrir. Los dos bandos nos miramos con nerviosismo. El copiloto abre la puerta.

Kibu-Kenob me lanza una mirada suplicandome que no lo haga. Pero yo actúo sin pensarlo dos veces y salto sobre el terráqueo.

Los dos caemos y rodamos por el suelo. Él intenta apartarme, no para de darme mpuñetazos y patadas. Se da cuenta de que intento alcanzar la pistola de su cinturón y mambos la cogemos. El piloto no para de gritar, pero no puede abandonar los mandos, los demás centauris se limitan a observar pasivamente el caos de puñetazos y patadas. Ni él ni yo soltamos el arma. En medio del forcejeo la pistola se dispara. Un chorro de sangre roja me salpica y me aparto asustado, pero no siento nada. Miro al terráqueo, se lleva las manos a la barriga, está sangrando. Me mira con los ojos bien abiertos, empieza a mescupir sangre y luego se desmaya.

Todos los centauris continúan quietos. Veo la pistola junto al cadáver del copiloto y la cojo. Me pongo de pie y apunto al piloto.

—¡Decidle que nos baje a la superficie o disparo!

Nadie abre la boca. Me giro a ellos para ordenarles que se lo digan. El piloto aprovecha mi distracción para llevarse la mano al cinturón en busca de su arma. Ambos disparamos a la vez. De su pistola sale un rayo rojo que me alcanza en el brazo y me obliga a soltar el arma, pero antes de eso yo ya he disparado tres veces. Mi primer tiro le alcanza en el pecho, pero los otros dos se desvían a la derecha y le dan a la mesa de control.

Se desata el caos. La nave cae en picado, el piloto está muerto y los controles están completamente destrozados. Nos vemos empujados hacia el techo por el efecto de ingravidez. Se encienden unas luces rojas de emergencia y una alarma se sobrepone a nuestros chillidos. Alguien brama:

—¡Deben haber paracaídas de emergencia!

Todos empezamos a registrar la nave como podemos. Nos sujetamos a cualquier cosa que esté a mano y avanzamos poco a poco. Finalmente, un centauri abre un compartimento en la cabina principal y exclama mientras saca una mochila:

—¡Aquí están! ¡Creo que hay suficiente para todos!

Todos los centauris se abalanzan buscando con desesperación un paracaídas. Alguien abre la puerta de emergencia y van saltando con sus mochilas. Yo también me dirijo todo lo rápido que puedo. En medio del alboroto una mochila cae cerca de mi y otro centauri y yo la cogemos a la vez. Mi brazo derecho está inservible por el disparo de antes, el otro centauri coge el paracaídas con todas sus fuerzas y de un tirón me lo arrebatata. Me voy a quedar sin paracaídas.

Decido quitarle la pistola al cadáver del piloto. Al tener un brazo roto me cuesta avanzar, y mientras tanto, la nave se va vaciando poco a poco. Los centauris se pelean con

violencia para conseguir los últimos paracaídas. Llego al cuerpo inerte del piloto, junto a él yace la pistola. La cojo y me giro.

Solo quedan dos centauris que se están peleando por la última mochila. Uno de ellos es Kibu-Kenob, el cual golpea a su rival sin piedad hasta que se asegura de que no va a volver a levantarse. Entonces Kibu-Kenob se gira y se da cuenta de que le estoy apuntando.

—¡Todo esto es culpa tuya! —grita.

—Dame el paracaídas.

—Muérete. —Y acto seguido lanza la mochila por la salida de emergencia.

Lanzo un grito de desesperación y, antes de que me de tiempo a pensarlo, salto.

Me lanzo de cabeza y caigo en picado, sin nada que me sostenga. El viento me golpea la cara y apenas puedo abrir los ojos. A decenas de metros por debajo de mi distingo la forma de la mochila con el paracaídas deslizándose hacia el vacío. Pego mis brazos al tronco para que mi cuerpo sea como una flecha y pueda descender más rápido. La mochila sigue muy por debajo de mi, pero le voy ganando terreno. Empiezo a notar calor, mucho calor, es la fricción con la atmósfera. Casi puedo coger la mochila.

Extiendo el brazo, apenas puedo moverlo, la corriente de aire es como un muro de piedra. Ya casi está... Rozo la mochila... El calor aumenta, me duele mucho. Aprieto con fuerza los dientes, ya casi es mía. Por fin consigo cogerla por un asa. Quema, pero intento no pensar en ello. Me la pongo como puedo y tiro del asa.

Un enorme paracaídas plateado se despliega y frena mi caída. Las asas de la mochila se clavan en mis axilas. Continuo cayendo, ahora más lento, pero no lo suficiente. Miro hacia arriba, el paracaídas no está desplegado del todo, solo consigo frenar la velocidad, pero sigo cayendo a demasiada velocidad, el terreno empieza a tomar forma bajo mis pies y asumo que no lo voy a conseguir. El viento me golpea la cara y me obliga a cerrar los ojos, los oídos me silban y cuando me quiero dar cuenta, me estrello contra el suelo.

Suena como un golpe seco y todo se vuelve negro para mí.

Abro los ojos. Me ciega la luz del sol hasta que un terráqueo se pone en medio y la tapa.

El terráqueo me pone algo en la cara. Noto un chorro de aire que se desliza por mis pulmones. Me silban los oídos y lo único que puedo escuchar es un rumor distante. El cuerpo no me responde, lo siento magullado y maltrecho. Tan solo puedo mover el cuello y mirar a mi alrededor. Estoy en un campo de plantas terráqueas. Es todo verde.

Hay varios vehículos blancos y rojos que emiten un sonido agudo. Veo a un par de centauris de los que iban en la nave. Están acostados en camillas y los terráqueos los meten en los vehículos. Yo también estoy en una camilla y también me meten en uno de los vehículos.

Los terráqueos hablan pero yo no los entiendo. Cierran las puertas y el vehículo arranca. Creo que lo he conseguido. Estoy en la Tierra.

Pablo Sorribes Bonet

(Burriana, Castellón, 12 de Febrero de 1996): Es estudiante de Traducción e Interpretación en la Universitat Jaume I de Castellón. Aficionado desde una edad temprana a todo tipo de literatura en general, y de ciencia ficción en particular, ha leído con devoción a autores como Philip K. Dick, Orson Scott Card o Brandon Sanderson entre otros. El VIII Certamen TerBi de Relato Temático Fantástico es el primer concurso literario al que se presenta y este reconocimiento supone un importante aliciente para continuar escribiendo historias y relatos.

Algunos de nuestros colaboradores

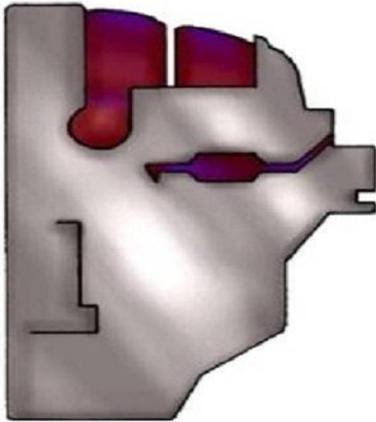
T
E
R
B
I



Juan José Aroz
editor **espiral** ciencia ficción

Últimos libros disponibles de la colección Espiral Ciencia Ficción. Pregunta por la oferta que tienen en: ecf1994@gmail.com

T
E
R
B
I

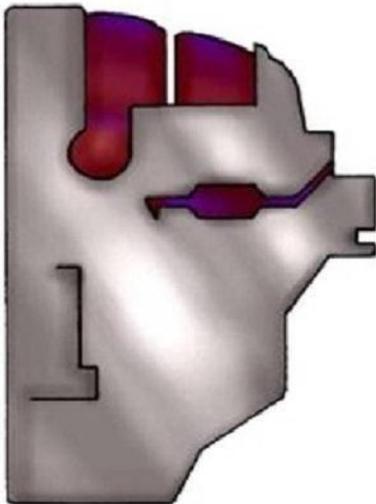


Mariano Villarreal

Administrador del portal **Literatura Fantástica**
<http://literfan.cyberdark.net>

Es administrador del portal web *Literatura Fantástica* y miembro de la AEFCFT, de la que fue administrador de los Premios Ignotus durante cinco años. Ha sido seleccionador de las antologías *Fabricante de sueños 2000* y *Visiones 2006*, ha colaborado en diversos medios especializados (*BEM*, *Solaris*, *Hélice*), desarrollado la línea de ficción del sello PortalEditions durante un año, además de ser jurado en varios premios como el Xatafi— Cyberdark de la crítica especializada en literatura fantástica, El Melocotón Mecánico, Los Sueños del Espantapájaros y el Astro de Ficción Científica.

T
E
R
B
I



Ángel Rodríguez

Su primera lectura de C—F es del 1970 con *Yo. Robot*. Desde entonces no ha parado de leer. Fundador del primer grupo escéptico *Alternativa Racional a la Pseudociencias*. Organizador y fundador del primer grupo de estudio de la obra de un autor de ciencia ficción español en España **Amigos de Ángel Torres Quesada**. Co—autor del fanzine **Mundo Olvidado**, que se entregaba junto al fanzine “El Fantasma”. Colaborador de **Augusto Uribe** en el listado de bolsilibros de ciencia ficción así como la ordenación de las obras de Torres Quesada junto a Uribe y Cidoncha, también colaboró con varias críticas a libros en las hojas de Uribe. Miembro desde casi su fundación de la tertulia de Bilbao TERBI.

Seleccionador de **Fabricantes de sueños 2006**.
Colaborador de varios autores, revisando sus originales.



Alt64 es una asociación afín a la TerBi, cuyo principal proyecto es la construcción de una enciclopedia on—line sobre ciencia ficción.

La enciclopedia, en formato wiki y bajo licencia GNU FDL, está abierta a la colaboración por parte de todo aficionado que lo solicite. Sus contenidos abarcan desde biografías de los autores y comentarios a sus obras (sean literatura, cine, televisión o cómic), hasta artículos acerca de la propia ciencia ficción y conceptos fundamentales dentro del género.

Actualmente cuenta con más de tres mil artículos y ha recibido cerca de diez millones de consultas en los últimos seis años.

Su dirección web: www/alt64.org/wiki/

Joserra Vila



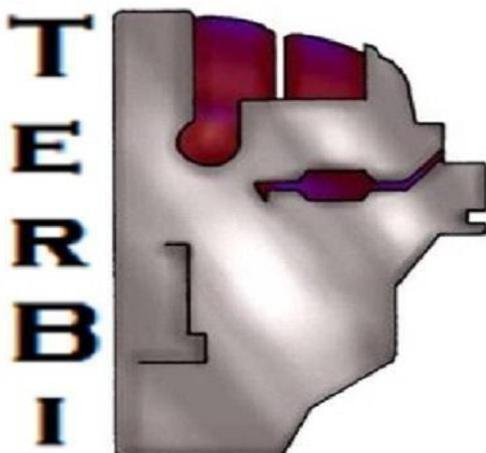
El primer relato publicado de Txerra fue *Su seguro servidor* en la revista electrónica Axxon nº 162 <http://axxon.com.ar/rev/162/c—162cuento5.htm>.

Más tarde ha publicado en papel *Generación espontánea*, en la antología GRAGEAS, Cuentos breves de todo el mundo (Ediciones Desde la Gente), *Ne frustra vixisse videar* seleccionado para Mundos desconocidos (Libro Andrómeda), *Tafiofobia* seleccionado para el Visiones 2008 (AEFCFyT).

Recientemente, ha ganado el **II premio Cryptshow Festival** en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal*.

Se pueden encontrar algunos de sus relatos en el blog: <http://txerra-desdeelrinconoscuro.blogspot.com/>

Ricardo Manzanaro



Presidente de la TerBi. Mantiene un blog sobre actualidad de literatura y cine de ciencia-ficción: <http://notcf.blogspot.com>

Escritor de relatos de ciencia-ficción y terror y dos novelas cortas: “Sin castigo”

(http://www.ficcioncientifica.com/pages/sin_castigo) y

“ADN Gestión” <https://www.ciencia-ficcion.com/autores/biblioteca/bsdcfnovelas.htm>



ACTIVIDADES E INICIATIVAS DE LA TerBi



**TerBi, Asociación Vasca
de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror**
<http://terbicf.blogspot.com> terbicf@gmail.com

La TerBi es una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario.

Los socios de la TerBi abonan una cantidad simbólica de 10 euros anuales por ingreso/transferencia en BBK **Nº cta. 2095.0350.40.91-1053337-8**

Si te gusta el género fantástico, eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte



¿Quieres saber más...?

Nos puedes encontrar en:

<http://terbicf.blogspot.com/>

<http://notcf.blogspot.com/>

En el Grupo **TerBi** de Facebook

El Taller Literario **TerBi** de Facebook

Y puedes ver las Jornadas en el Canal TerBiCF de YouTube:

<https://www.youtube.com/user/TerBiCCFF/videos>